

# EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN JUEZ NO TIENE PATRIA

Juan de la Hoz

Edición de Guillermo Carrascón



*1. Fraxinus angustifolia Vahl. 2. F. excelsior L.*

BONZO

CH

Clásicos  
Hispánicos

# EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN JUEZ NO TIENE PATRIA

Juan de la Hoz

Edición de Guillermo Carrascón



*1. Fraxinus angustifolia Vahl. 2. F. excelsior L.*

BONZO

CH

Clásicos  
Hispánicos

EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN  
JUEZ NO TIENE PATRIA

JUAN DE LA HOZ

EDICIÓN DE GUILLERMO CARRASCÓN

CLÁSICOS HISPÁNICOS (99)

Clásicos Hispánicos, Guillermo Carrascón  
ISBN ePUB: 978 39 59 55 09 87  
ISBN Mobi: 978 39 59 55 04 82  
Clásicos Hispánicos, Guillermo Carrascón  
[www.ClasicosHispanicos.com](http://www.ClasicosHispanicos.com)  
Madrid: Clásicos Hispánicos, 2020



Edición electrónica: Helena Bermúdez Sabel

Revisión y corrección de texto: Gaston Gilabert y Laura Rodríguez  
Fernández

Diseño de cubierta: Gema Gómez Salas en colaboración con [Bonzo](#)  
[Estudio](#)

Información de la cubierta: Hoja de fresno en lámina de *Flora forestal española* de Máximo Laguna y Pedro de Ávila, con ilustraciones de Justo de Salinas, vol. 2, 1890

Obra bajo licencia Creative Commons BY-NC



# INTRODUCCIÓN

# EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN JUEZ NO TIENE PATRIA

JUAN DE LA HOZ

EL AUTOR

Aunque por su fecha de nacimiento podría haber formado parte de la escuela de Calderón, junto a escritores como Juan de Matos Frago (1608-1689), Cristóbal de Monroy y Silva (1612-1649) o Juan Bautista Diamante (1625-1687), por lo tardío de su producción dramática Juan de la Hoz y Mota<sup>1</sup> (1622-1714), autor de *El villano del Danubio y el buen juez no tiene patria*, es considerado generalmente como uno de los componentes del grupo de autores menores, epígonos de la escuela calderoniana, cuyos exponentes más señalados son Francisco Bances Candamo (1662-1704), “el último dramaturgo de relativa importancia en las postrimerías del Siglo de Oro” [Arellano, 1995, 622], Pedro Lanini (ca. 1640 - ca. 1715) o Antonio de Zamora (1660-1728).

En efecto, la trayectoria vital de Juan de la Hoz y Mota presenta una particularidad digna de mención. Retirado tras una larga, brillante y provechosa carrera en la administración del erario público, el autor de *El villano del Danubio y el buen juez no tiene patria* empieza su producción dramática cerca de los 70 años. De hecho, la disparidad entre la carrera profesional, que comienza muy pronto, y la literaria, que lo hace muy tarde, ha llevado a algunos estudiosos a suponer que tras el nombre de Juan de la Hoz y Mota se celen dos personas distintas de la misma familia, uno más anciano y el otro más joven [Domínguez de Paz, 1991; Urzáiz, 2002, 365], el primero, nacido en 1622, de carrera cortesana, y el segundo, muerto en 1714, dramaturgo. A falta de nueva documentación que aclare la cuestión,

la hipótesis queda como tal, y nosotros nos ocuparemos del Juan de la Hoz y Mota autor del *Villano* sin volver a poner en duda su identidad con el Juan Claudio de la Hoz y Mota que durante buena parte del siglo XVII desempeñó varios cargos de creciente importancia en el aparato administrativo de la corona española.<sup>2</sup>

Juan Claudio de la Hoz Mota nació en Madrid, donde recibió el bautismo el 16 de enero de 1622 en la parroquia de los Santos Justo y Pastor y donde la familia se encontraba solo porque el padre de Juan, Fernando de la Hoz, que –aunque había nacido en Sevilla– formaba parte de una antigua familia de Burgos, asistía como procurador de la ciudad castellana a las Cortes que se reunían aquel año en la capital del reino. La madre era Ana de la Hoz Villegas,<sup>3</sup> también de antigua raigambre burgalesa. La familia de Juan de la Hoz formaba parte de la pequeña nobleza, y el segundo apellido que él eligió era de los más ilustres de la ciudad, pues varias personas que lo ostentaban habían sido regidores y llevado el hábito de Santiago desde el siglo XV.

Juan de la Hoz, como correspondía al primogénito, siguió los pasos paternos y la tradición familiar, de manera que, tras la muerte del padre, recibió en 1645, a los 23 años, el nombramiento hereditario y perpetuo de Regidor de Burgos, ciudad en la que había crecido. Fue el comienzo de una honrosa carrera en la administración habsbúrgica que le llevó a desempeñar las funciones de pagador general de la Armada Real del Océano de Poniente de 1651 a 1653 y a recibir en este último año el hábito de caballero de Santiago. Sucesivamente fue, como su padre, procurador en Cortes por Burgos de 1655 a 1657, para pasar el año siguiente a ocupar el cargo de administrador de las alcabalas de Sevilla, posición de no menor relieve que la precedente. A continuación ocupó el cargo de ministro<sup>4</sup> del Tribunal de la Contaduría Mayor del Consejo de Hacienda, para acabar su carrera como miembro del mismo, es decir, consejero, título que ostentaba ya cuando en 1680 –a sus 58 años– pidió permiso para contraer matrimonio con doña Mariana de Meñaca de la Hoz, hija de una hermana suya.

No fue, sin embargo, su único matrimonio, pues en el documento de diciembre de 1714 en el que se certifica el recibo de 400 reales por la venta de una de las más famosas de sus comedias, *Los disparates de Juan de la*

*Encina*, aparece como firmante su viuda, que a la sazón resulta ser doña Francisca Gallardo. En cambio, algo más de dos meses antes, a finales de septiembre del mismo año, era todavía el mismo Juan de la Hoz quien firmaba un recibo de 700 reales por la comedia que aquí se edita, *El villano del Danubio y el buen juez no tiene patria*, que se representó en Madrid el día 27 de septiembre de 1714 [Domínguez de Paz, 1986]. Sabemos así también que en el lapso de tiempo que media entre ambos documentos, entre septiembre y diciembre de 1714, Juan de la Hoz falleció, probablemente en Madrid, muy cerca de los 93 años. No se le conoce descendencia.

## LA OBRA DRAMÁTICA DE JUAN DE LA HOZ

La carrera literaria de nuestro autor, como ya hemos dicho, no se corresponde con su larga actividad administrativa, aunque una producción de al menos tres obras breves y dieciocho comedias, algunas de ellas en colaboración con nombres de primer orden en la época, como Cañizares, Bances Candamo y Lanini, no es ciertamente de poca consideración. Pero sobre todo parece ser muy tardía, pues no hay noticias de obras suyas anteriores a 1691, año en el que es posible que escribiera una glosa publicada al siguiente en la *Justa literaria y certamen poético en la canonización de San Juan de Dios*.<sup>5</sup> Sus primeras obras teatrales son probablemente ya de principios del siglo siguiente. Las más tempranas noticias documentales seguras de las que disponemos son del año 1708, en el que se representaron en Madrid cuatro obras de Hoz. Pero en realidad tal año está determinado por las características del estudio de Andioc y Coulon, que en efecto analizan la cartelera teatral a partir de esta fecha (la de los datos más antiguos conservados, Archivo Municipal de Madrid), por lo que no se puede excluir que existan representaciones anteriores de las que faltan testimonios.<sup>6</sup>

En segundo lugar, buena parte de la producción dramática de Juan de la Hoz está constituida por refundiciones de comedias preexistentes y por obras escritas en colaboración con otros autores contemporáneos, en general algo más jóvenes que él, dos formas de escribir teatro

características de su época [Mackenzie, 1993].<sup>7</sup> Domínguez de Paz [1986, 21] estableció en su monografía una clasificación temática de la producción dramática de Juan de la Hoz que la dividía entre cinco “comedias de capa y espada”,<sup>8</sup> (denominación, por lo que se refiere al Villano, por lo menos discutible), siete “comedias históricas”<sup>9</sup> y seis “comedias religiosas”, categoría esta que a su vez comprendería dos obras bíblicas,<sup>10</sup> tres hagiográficas<sup>11</sup> y una de tema mariano.<sup>12</sup> La clasificación está efectuada, por tanto, sobre un corpus total de dieciocho obras dramáticas largas, excluyendo obras breves y algunas comedias cuya autoría se ha atribuido a Hoz sucesivamente.

Es opinión generalmente aceptada que la mejor de sus producciones originales es *El castigo de la miseria*, una comedia que se inspira en una novela de María de Zayas (1590-1661?) a través de la cual recoge algunos motivos originales de *El casamiento engañoso* de Cervantes. El resto de su producción dramática en solitario, entre la que hay que destacar la ya citada *Los disparates de Juan de la Encina*, gozó en cualquier caso de buena acogida y se integró en el repertorio habitual de compañías y teatros durante buena parte del siglo XVIII, a veces, como en el caso de *El villano del Danubio*, hasta inicios del XIX con no pocas representaciones [Domínguez de Paz, 1986, 151-154] y con reediciones periódicas a cargo de algunos libreros e impresores de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla.

Sin duda, más allá de las polémicas eruditas en contra del teatro barroco y a favor de una nueva fórmula dramática neoclásica que prefería las tragedias a las comedias, el gusto popular se seguía inclinando hacia el modelo teatral establecido por Lope y Calderón y repetido sin gran originalidad dramática pero con indudable eficacia por sus numerosos émulos tardíos, entre los que hay que incluir a Juan de la Hoz.

En efecto, el modelo que sigue fundamentalmente Juan de la Hoz en sus comedias es conservador y aunque el lenguaje poético es una emulación simplificada del discurso barroco de Calderón, el esquema dramático no se separa mucho, tanto en las obras de tipo histórico como en las de tema religioso o en las comedias denominadas de capa y espada, de la fórmula de la comedia nueva consagrada por Lope. Solo *El castigo de la miseria* se

acerca a las comedias de figurón que alcanzaron mayor éxito durante la segunda mitad del XVII.

La principal diferencia que se puede señalar respecto al esquema instituido por el fundador de la comedia nueva se encuentra en la variedad estrófica: mientras que las comedias de Lope y tras él las de los grandes dramaturgos del siglo XVII presentan una notable alternancia métrica y hacen uso de un gran número de estrofas diversas, como redondillas, quintillas, octavas, sonetos, tercetos de endecasílabos, hacia el final del siglo y a comienzos del XVIII se impone como forma métrica casi exclusiva el romance y las obras de Juan de la Hoz están en su mayor parte escritas en este tipo de versificación, con porcentajes de ella que, por ejemplo en la comedia que nos ocupa, alcanzan casi el 92, frente a un 5,6 de redondillas y un 2,4 de pareados (véase *infra* “Esquema métrico”).

### *EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN JUEZ NO TIENE PATRIA*

La comedia que editamos es probablemente una de las últimas escritas por nuestro autor, como hemos indicado en el apunte biográfico, puesto que existe un recibo firmado por Juan de la Hoz en el que certifica el cobro de 700 reales por el texto, que se llevó a escena en Madrid el 27 de septiembre de 1714. Se coloca así como producto de la última fase de gran actividad creativa del anciano dramaturgo. Sobre un argumento en buena medida original,<sup>13</sup> la acción de *El villano del Danubio* se sitúa en época romana, concretamente en un periodo centrado en el momento en el que Marco Aurelio, personaje solo parcialmente correspondiente al histórico emperador romano (Imp. 161-180 dC), es proclamado Emperador tras sus conquistas en Germania. Este país es el emplazamiento de los acontecimientos representados en la obra, aunque se trata de una indicación geográfica más bien imprecisa, no más realista que la situación histórica. En efecto, en diversos momentos se alude al río Elba con el nombre romano de Albis (vv. 1323, 1490, 2448, por ejemplo) como si fuese un lugar cercano, mientras que con más frecuencia el río mencionado es el Danubio (vv. 5, 10, 51, 59, 67, 127, 135, 331, etc.), que aparece en el título y con cuya referencia se presenta el villano ante el Senado de Roma (v. 1545); también

Marco Aurelio para premiarle por su valor lo nombra precisamente censor del Danubio (v. 2379). En realidad la menor distancia que media entre estos dos ríos es de unos 170 kilómetros, por lo que entre ellos cabe una zona muy amplia, pero obviamente el autor no está interesado en la verosimilitud o exactitud geográfica o histórica de la obra, sino en el mensaje político-social que, como veremos, está intentando transmitir. En cualquier caso, la región en la que vagamente se sitúa el argumento de la comedia podría corresponder a la moderna Bohemia meridional, al sur de Praga, en la República Checa, región que el emperador Marco Aurelio histórico tuvo ocasión de pacificar durante su mandato.

El esquema de los personajes se ajusta a la fórmula de la comedia nueva, con una cierta proliferación de los graciosos, que son aquí tres: se nos presentan un galán y una dama bárbaros, es decir, germanos, Alcidón y Dantea, que llegarán a casarse al final, tras superar una serie de obstáculos e impedimentos suscitados por la presencia de un poderoso rival, como suele ocurrir en la comedia, en particular en la tipología argumental que Joan Oleza [2009] ha denominado “conflicto de la lujuria del déspota”, un subgénero dramático al que nuestra obra corresponde bastante cabalmente. Dantea tiene una prima, Tirrena, segunda dama que está secretamente enamorada de Alcidón, pero esta línea argumental apenas se desarrolla y el personaje de Tirrena queda en posición bastante secundaria y poco lucida. El conflicto que suscita los mayores impedimentos para la boda de los dos protagonistas, que se encuentra a punto de celebrarse al principio de la comedia, surge cuando, al llegar las legiones romanas en pie de conquista a los territorios germánicos, y conseguir imponer tras algunas escaramuzas su pacífica ocupación a los nuevos súbditos, el cónsul Camilo, enviado por el Senado junto con el todavía general Marco Aurelio para romanizar la región, se enamora a primera vista de Dantea convirtiéndose por tanto en antagonista del galán Alcidón. A partir de ese momento lleva a cabo todo lo posible e imposible para retrasar la boda de la dama con Alcidón, conquistar a la belleza bárbara y deshacerse de su rival, legítimo prometido de la joven.

Junto a los ya mencionados, es figura con papel principal la que da título a la obra: el villano del Danubio, llamado Mileno, padre de Dantea y autoridad principal de la tribu germánica, que como tal se enfrenta con el

cónsul Camilo y el general Marco Aurelio, jefes romanos. Él es, en efecto, el único germano que, cuando sus connacionales deponen la primera resistencia armada, se sigue oponiendo, aunque pacíficamente, a aceptar el dominio de los romanos; él es también el que va a pedir justicia ante el Senado de Roma y ante Marco Aurelio, entretanto proclamado emperador, cuando el dominio de Roma, que debía “civilizar” a los germanos, se revela en realidad como opresión injusta del tiránico cónsul Camilo, secundado por los legionarios, que abusan de las mujeres germanas, depredan a los campesinos, maltratan a todos y niegan justicia a quien la reclama. Además de una serie de figuras secundarias de soldados romanos, tiene también un papel importante, siempre conforme al esquema de personajes de la comedia nueva, la pareja de graciosos, Corcoba y Taurina, a la que da el contrapunto un tercer gracioso romano, Pasquín, significativamente presentado como “dragón”.

La obra amplía y reelabora en clave de comedia, o si se quiere de tragicomedia (pues al final los romanos que han abusado de su poder son ajusticiados), un pasaje que se encuentra en dos obras de Fray Antonio de Guevara: en una primera versión más breve, en los capítulos XXXI y XXXII de *El libro áureo de Marco Aurelio* (1528), y en forma amplificada en los capítulos del III al V del tercer libro del *Reloj de Príncipes* (1529). De esta obra del obispo de Guadix se hicieron varias ediciones en Madrid durante el siglo XVII con el título *Libro áureo del gran emperador Marco Aurelio con el Reloj de príncipes* en las se recoge la segunda versión. El contenido de este episodio, cuya narración se pone en boca del mismo emperador es muy parecido en ambas versiones y muchos de sus pasajes coinciden con el monólogo que Juan de la Hoz dramatiza en boca de su personaje, cuyo nombre, Mileno, también está tomado del episodio del villano del Danubio de Guevara. En la obra narrativa del siglo XVI el emperador Marco Aurelio cuenta cómo un día, estando reunido con el Senado de Roma, apareció ante ellos un bárbaro de aspecto rústico y selvático que, sin embargo, los dejó maravillados por el modo en el que presentó sus quejas contra el gobierno romano en su región. Sobre este personaje y esta queja articula Juan de la Hoz la construcción de su drama, integrando en un típico esquema de drama de la lujuria del déspota una serie de sucesos que anteceden, ilustran y justifican el viaje de Mileno a Roma para presentar sus quejas ante el Senado Imperial. En la tabla que

sigue, se pueden observar algunas de las numerosas coincidencias textuales entre el monólogo del personaje dramático y el del episodio narrado por Fray Antonio de Guevara:

<i>El villano del Danubio</i>	<i>Reloj de príncipes</i>
<p>Padres conscriptos, Senado [1510] venturoso, a quien el mundo reconoce vasallaje como poder absoluto: Yo, Mileno, natural de la orilla del Danubio, [1515] con la obediencia que debo, os reverencio y saludo. Permitiéndolo los hados por sus secretos influjos, y los Dioses juntamente, [1520] en ninguna cosa injustos, los Capitanes de Roma, más venturosos que muchos, sujetaron la Germania al sacro latino yugo. [1525] [...]</p>	<p>¡O!, Padres Conscriptos, ¡o!, pueblo venturoso; yo, el rústico Mileno, vecino que soy de las riparias ciudades del Danubio, saludo a vosotros, los senadores romanos, que en este Senado estáis [634-635]<sup>14</sup></p> <p>Los tristes hados lo permitiendo y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha y mostróse a vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas a nuestra tierra de Germania. [635]</p>
<p>Pues si a las obras se atiende, yo veo que todos juntos aborrecéis la soberbia, y no hay humilde ninguno; [1595] todos la templanza alaban, y todos sois epicuros; con castigo de las leyes todos infaman los hurtos, y todos toman los bienes [1600] ajenos por propios suyos; con la lengua solamente</p>	<p>Yo veo que todos aborrecen la soberbia y ninguno sigue la mansedumbre; todos condenan el adulterio y a ninguno veo continente; todos maldicen la intemperanza y a ninguno veo templado; todos loan la paciencia y a ninguno veo sufrido; todos reniegan de la pereza y a todos veo que huelgan; todos blasfeman de la avaricia y a todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas la</p>

en las virtudes de justos  
queréis blasonar, y todos  
ponéis en el vicio estudio [1605]  
[...]

digo públicamente en este Senado,  
y es que con la lengua todos los  
más blasonan de las virtudes, y  
después con todos sus miembros  
sirven a los vicios. [638]

Grande, romanos, ha sido  
vuestra fama, por los triunfos  
que habéis dado a vuestra patria,  
[1650]  
sujetando el orbe junto;  
mas si los historiadores  
escriben verdad, presumo  
que será más vuestra infamia  
para los siglos futuros, [1655]  
por las crueldades notables  
que contra todo estatuto  
natural han cometido  
vuestros aceros desnudos.

Grande es vuestra gloria, ¡oh,  
romanos!, por las victorias que  
habéis habido y por los triunfos  
que de muchos reinos habéis  
triunfado, pero mayor será vuestra  
infamia en los siglos advenideros  
por las crueldades que habéis  
hecho. [635]

Aunque constituye la culminación del argumento, no es este el único pasaje de su obra en el que Juan de la Hoz explota el texto del *Libro áureo del emperador Marco Aurelio con el reloj de príncipes*: también en las escenas iniciales los argumentos que Mileno opone a la invasión romana en los vv. 335-414 provienen directamente del texto de fray Antonio de Guevara.

El argumento creado por Juan de la Hoz para desarrollar una acción dramática en la que incluir el episodio guevariano comienza con la procesión de los futuros esposos y su séquito hacia el templo del Sol, donde se va a celebrar la boda, una escena de bailes “a lo pastoril” de impacto espectacular, adecuada para comenzar con brillantez el espectáculo dramático. En ese momento se oyen voces de alarma e irrumpen en escena el cónsul Camilo, el general Marco Aurelio y las legiones que ambos mandan; como consecuencia se entablan unos combates entre germanos y romanos que se ven interrumpidos por la intervención de Mileno. Se sigue una disputa entre este y los dos jefes romanos, en el curso de la cual los germanos se convencen de la conveniencia de someterse pacíficamente al

poder de Roma. Mientras tanto, sin embargo, Camilo se ha enamorado a primera vista de Dantea, por lo cual, a partir de ese momento hará todo lo posible para impedir o posponer el matrimonio de los dos jóvenes con diversos pretextos. Además, al ver que Marco Aurelio no aprueba sus propósitos, lo manda de vuelta a Roma y nombra a Mileno su consejero de gobierno. Sin embargo, en seguida se va a constatar, a través de una escena a cargo de la pareja de graciosos germanos, Corcoba y Taurina y el gracioso romano Pasquín, que las ventajas de la civilización romana con cuyo anuncio han sido convencidos los germanos de someterse pacíficamente, sirven más que nada como excusa para que los romanos dominen a los germanos y abusen de ellos y de sus mujeres.

Poco después Camilo, que ha querido servirse de Mileno como asesor, se manifiesta como un déspota injusto y tiránico. Además, muestra claramente su falta de respeto por las costumbres de los nuevos súbditos y revela, junto con sus oficiales, sus intereses lascivos respecto a las mujeres de la tribu, molestando a Dantea mientras uno de los militares romanos, Lelio, trata de violar a Tirrena. Cuando el conflicto se hace inevitable, Alcidón tiene que enfrentarse con los romanos a mano armada tras de lo cual, ante la superioridad numérica de sus adversarios, consigue huir y se convierte en un proscrito. Mientras tanto, Mileno escapa a uña de caballo para presentarse ante Marco Aurelio –al que encuentra reunido en Roma con el Senado, que lo acaba de hacer emperador– y exponer en el monólogo previamente citado los desafueros de Camilo y sus secuaces. Esto promueve la intervención de Marco Aurelio, que lo manda de vuelta como nuevo cónsul con órdenes de sustituir y tomar residencia a Camilo, castigando sus desmanes. Así se lleva a cabo, de manera que Mileno llega oportunamente a tiempo de impedir que Camilo cumpla sus propósitos para Dantea y Alcidón. El nuevo cónsul juzga y ejecuta a los germanos no sin un intento de resistencia por parte de Camilo, pronto sofocado por la aparición del emperador Marco Aurelio en persona, que sanciona la actuación del nuevo cónsul y los castigos de los romanos. Al final Mileno, tras dar muestra no solo de su justicia sino también de su magnanimidad, es nombrado censor del Danubio y obtiene el retiro de las legiones romanas, con lo que será más fácil mantener la calma en la nueva provincia.

La situación que se refleja en la comedia, la de unas fuerzas colonizadoras que se imponen pacíficamente en una nación, alegando su superioridad cultural sobre las costumbres locales, no es ya, como cuando Guevara la concibió en su obra, una reflexión sobre la situación de los nativos americanos frente a la colonización española; ahora se trata de una alusión bastante clara a la situación política que se vive en España a partir de 1701, cuando asciende al trono el monarca de la nueva dinastía francesa, Felipe de Anjou (Felipe V, rey de España de 1701 a 1746), con todo su séquito de nobles, administradores, funcionarios y soldados franceses. La continua crítica y desprecio de las antiguas costumbres españolas, desde las relaciones domésticas y las formas de vestir hasta las modalidades de administración del estado, tuvieron que suscitar el despecho y la indignación de los españoles. Juan de la Hoz, que habiendo servido en distintos cargos al Consejo de Hacienda, hubo de contemplar con hastío desde su retiro la completa renovación de la finanza pública que impuso Jean Orry y que se confirmó en los decretos reales de Nueva Planta (1705-1716), probablemente glosa y celebra a fines de 1714, con *El villano del Danubio*, la retirada de los más influyentes administradores franceses tras la muerte de la reina Maria Luisa de Saboya el 14 de febrero de ese año. Su habilidad estriba tanto en expresar la situación de sumisión en que se encontraba su España a través de un motivo literario de casi doscientos años de antigüedad, el del villano del Danubio creado por Guevara, con una ambientación histórica muy alejada aparentemente del momento de la escritura, como en la perfecta integración del dispositivo literario del que se sirve en uno de los subgéneros o tipos de comedia de mayor éxito, el ya mencionado conflicto de la lujuria del déspota, que contaba con precedentes tan ilustres como *Fuenteovejuna* o la ya citada *El mejor alcalde, el rey*, de Lope, cuyos ecos no dejan de resonar en la obra de Hoz. El gracioso, distintivo de la comedia nueva, al personificarse en el romano Pasquín, caracterizado como un “dragón” completamente anacrónico respecto a la ambientación romana de la obra, señala a las claras hacia las tropas francesas y hacia el nuevo modelo impuesto al ejército español en sustitución de los gloriosos tercios. Los rasgos de la ya vieja fórmula dramática permiten a nuestro autor representar adecuadamente el conflicto cultural entre viejas costumbres “bárbaras” (o castellanas), y nuevas formas de relación social romanas (léase francesas) no solo en los niveles superiores de la sociedad –en los que el contraste se emblematisa a través

de la oposición entre Camilo, nuevo cónsul romano, y Mileno, Alcidón y Dantea, clase dirigente local– sino también en los estratos populares.<sup>15</sup>

Por lo demás, su dominio del verso es notable, y el romance en el que está compuesta la mayor parte del texto fluye ágilmente al servicio del desarrollo de la acción dramática, sin que algunas tentativas de imitar, en tono menor por lo que se refiere a léxico y registro, el estilo calderoniano característico del último teatro barroco interfieran con la correcta construcción de la pieza teatral. Algunos ejemplos claros de los intentos por parte de Hoz de emular estilísticamente al maestro del drama barroco se ven claramente reflejados en estos versos:

en ley natural se halla | que el mayor mande al menor: | en la  
salobre campaña, | mudos los peces lo dicen; | en las ásperas montañas,  
| rugiente el león lo muestra; | y en esas esferas vagas, | obediencia dan  
las aves | al águila coronada, | a cuyo ejemplar el mundo | así sus  
diademas labra. (vv. 416-426)

ya aquesta preñada nube | se rompe en ardientes rayos; | ya  
aqueste fogoso bruto, | en la carrera empeñado, | se desboca, y  
precipita; | y por decirlo más claro, | ya estos enemigos nuestros | la  
máscara se han quitado, | con que hasta aquí a nuestra ruina | buscaban  
pretextos varios . (vv. 1284-1293)

El segundo de estos ejemplos permite apreciar con bastante nitidez cómo el momentáneo esfuerzo retórico calderoniano, que resulta hasta para el autor en un texto difícil y arcaizante, deja paso a través de la explicitación del marcador discursivo “y por decirlo más claro”, al registro mucho más cotidiano y coloquial que predomina en la mayor parte del texto, un cambio bien caracterizado por el demostrativo medievalizante “aquesta, aqueste” que cede la plaza al moderno “estos”.

*El villano del Danubio* es un perfecto exponente del teatro de su periodo, el final de la época barroca. Con escasa novedad en cuanto a la dramaturgia, pero con un argumento hábilmente sostenido, con indudable eficacia y competencia por lo que se refiere a la construcción dramática y con una no desdeñable dosis de originalidad argumental, el autor aprovecha la tradición dramática española de casi siglo y medio para construir una

obra que comenta incisivamente los problemas del momento en su medio social. Al adherirse con fidelidad en esta creación original y personal –no refundida o escrita en colaboración– a los modelos firmemente arraigados de la comedia nueva, Juan de la Hoz demuestra la maestría adquirida en el manejo de las formas teatrales tanto como su admiración por los antiguos maestros del siglo XVII con cuyas obras convivió en su juventud.

## ESQUEMA MÉTRICO

jornada	versos	estrofas
I	1 – 16 (16)	romancillo a-a con música
	17 – 54 (38)	romance a-a
	55 – 60 (6)	repite romancillo
	61 – 586 (526)	romance a-a
	587 – 682 (96)	redondillas
	683 – 882 (200)	romance e-a
	II	883 – 1156 (274)
1157 – 1168 (12)		romancillo a-o (cantar)
1169 – 1230 (62)		romance a-o
1231 – 1233 (3)		romancillo de antes
1234 – 1469 (236)		romance a-o
1470 – 1509 (40)		redondillas
1510 – 1781 (272)		romance u-o

III	1782 – 2131 (350)	romance o-a
	2132 – 2155 (24)	redondillas
	2156 – 2365 (210)	romance e-o
	2366 – 2435 (70)	pareados de endecasílabos y heptasílabos
	2436 – 2827 (392)	romance i-o

Romance y romancillo: 2597, 91,86 %. Tirada más larga: 570 vv. de romance/romancillo a-a en el primer acto.

Redondillas: 160, 5,66 %

Pareados: 70, 2,48 %

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arellano, Ignacio, *Historia del teatro español del Siglo XVII*, Madrid: Cátedra, 1995.

Andioc, René y Mireille Coulon, *Cartelera teatral madrileña del siglo XVIII: (1708-1808)*, 2 vol., Toulouse: Presses universitaires du Mirail, 1996.

Bolaños Donoso, Piedad, “También tiene el Sol menguante: comedia áurea con gran fortuna en el siglo XVIII”, en Felipe B. Pedraza Jiménez, Elena Marcello y Rafael González Cañal, *Rojas Zorrilla en su IV Centenario*, [Cuenca]: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, 169-184.

Domínguez de Paz, Elisa, *La obra dramática de Juan de la Hoz y Mota*, Valladolid: Publicaciones de la Universidad, 1986.

--- “Introducción”, en Juan de la Hoz y Mota, *El encanto del olvido*, E. Domínguez de Paz (ed.), Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, 1991.

--- “Problemas documentales para el estudio de la vida y la obra de Juan de la Hoz y Mota”, en L. García Lorenzo y J. Varey (eds.), *Teatros y vida teatral en el siglo de Oro a través de las fuentes documentales*, Londres: Támesis, 1992, 317-326.

--- “Introducción”, en Juan de la Hoz y Mota, *Los disparates de Juan del Encina*, E. Domínguez de Paz (ed.), Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones, 2001.

--- “Sobre la ética y la libertad en *El villano del Danubio y el buen juez no tiene patria*, de Hoz y Mota”, en María Luisa Lobato y Francisco Domínguez Matito (eds.), *Memoria de la palabra. Actas del VI congreso de la AISO*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2004, 657-670.

García Rámila, Ismael, “Documentos de antaño, 1”, en *Boletín de la Institución Fernán González*, XXXIV, 130 (1955), 410-432.

Guevara, Antonio de, *Relox de Príncipes*, en *Obras Completas de Fray Antonio de Guevara*, versión de Emilio Blanco, tomo II, Madrid: Biblioteca Castro, Fundación José Antonio de Castro, 1994, 1-943.

Hartzenbusch, Juan Eugenio, “Catálogo de comedias”, en Lope de Vega, *Comedias escogidas, puestas en colección y ordenadas por J. E. H.*, tomo IV, Madrid: Rivadeneyra, 1860, 537-558.

Lafuente, Modesto, *Historia general de España desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, vol. 30, Montevideo: La España, 1882.

Mackenzie, Ann L., *La escuela de Calderón: estudio e investigación*, Liverpool: Liverpool U.P, 1993.

Moll, Jaime, “La serie numerada de comedias de la Imprenta de los Orga”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 75 (2009), 365-456. Texto completo en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-serie-numerada-de-comedias-de-la-imprenta-de-los-orga-0/>

Oleza, Joan, “Trazas, funciones, motivos y casos”, en A. Blecua, I, Arellano, G. Serés (eds.) *El teatro del Siglo de Oro. Edición e interpretación*, Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2009, 321-350.

Urzáiz Tortajada, Héctor, *Catálogo de autores teatrales del siglo XVII*, Madrid: Fundación Empresa, 2002.

--- “Hoz y Mota” en J. Huerta Calvo (dir.), *Historia del teatro español*, vol. I, *De la edad media a los siglos de oro*, A. Madroñal y H. Urzáiz (coord.), Madrid: Gredos, 2003, 1229-1230.

Vélez de Guevara, Luis y Francisco de Rojas Zorrilla, *También tiene el Sol menguante*, Bolaños Donoso, Piedad, (ed.), Würzburg/Madrid: More Than Books/Clásicos Hispánicos, 2013. Texto disponible en: <http://www.clasicohispanicos.com/teatro/29-titulo.html>

## ESTA EDICIÓN

El texto de esta edición se ha establecido a partir del cotejo de los siguientes ejemplares:

M: Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1744; ejemplares de la Biblioteca Palatina di Parma (sig. CC iv.28033 5.8) y Nacional de Madrid (sig. R -25586-3).<sup>16</sup>

B: Barcelona, Francisco Suriá y Burgada [s.a.]:<sup>17</sup> ejemplares de la Biblioteca Nazionale Vittorio Emmanuele II di Napoli (sig. L.P. Seconda Sala 08. 5. 07 (2)), y de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander (sig. 31.134), digitalizado en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=46435>).

V: Valencia, Imprenta de Joseph y Thomas de Orga, 1780, ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid (sig. T-14792-6) que perteneció a Gayangos.

Q: Madrid, Librería de Quiroga, 1796, ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid (sig. T-14997), también con *ex libris* de Pascual de Gayangos en la primera página y anotaciones manuscritas.

Ms: Reproducción fotográfica del manuscrito copia perteneciente a una compañía de comedias, formado por cuatro cuadernillos de 19, 17, 17 y 18 hojas por un total de 71 hojas, que se conserva en la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid con la signatura TEA-1-11-17, A.

Existe también una edición sin año de impresión de Manuel Nicolás Vázquez, Sevilla (fl. 1758-1774), de la que se conserva un ejemplar en la

Biblioteca General de la Universidad de Sevilla, sig. A 039(a)/194(7).

En ningún caso los distintos ejemplares consultados de cada edición presentan muestras de estados diversos, lo que permite suponer tiradas únicas y homogéneas para cada edición.

Las ediciones impresas son bastante similares entre sí y presentan pocas variantes, muchas de ellas gráficas y ninguna de particular relieve o importancia. El manuscrito, en cambio, posterior a todas las ediciones, pues lleva la fecha de 1803,<sup>18</sup> presenta un texto abreviado y simplificado para una compañía con menos recursos de los previstos por el texto impreso. Por lo demás el manuscrito no presenta tampoco variantes importantes, a parte de las abundantes supresiones y la sustitución del parlamento final de Mileno con otro completamente distinto. Es simplemente la versión completa del texto preparado para una representación moderna, de principios del XIX en la que la finalidad de crítica política del texto original ya ha perdido su razón de ser. A pesar de ello, es un manuscrito cuidadoso, que sigue el texto de la edición más correcta, la de 1780, y que en alguna ocasión propone *ope ingenii* variantes que mejoran la lectura del texto.

En el texto que presentamos, que sigue el de la edición de Valencia, impresa por Thomás y Joseph de Orga en 1780, nos hemos limitado a modernizar la ortografía y la puntuación. En concreto se regulariza la acentuación de acuerdo con las reglas actuales; se elimina la s alta y se simplifica la doble; se sustituye la <y> con valor semivocálico con <i>, la <x> con <j> y se regulariza el uso de <g> y <j>; se regulariza conforme a la regla actual el uso de de <c, z> para representar la interdental fricativa sorda, el de <b, v> para la bilabial sonora y el de <q> y <c> para la oclusiva velar sorda.

Mientras que son pocos los errores propios que introduce, en algunos pocos casos significativos, la edición de Orga, Valencia, 1780 presenta lecturas que parecen más correctas y preferibles a las de las dos más antiguas. Así, por dar algún ejemplo, en el verso 288, donde V y Q dan la lectura “arrestada” frente a la “arrastrada” que presentan M y B; o en el 400 donde las dos ediciones más modernas presentan la forma correcta del imperativo “preveníós” en vez de la *facilior*, vulgar, “prevenidos”; o en fin en el v. 967, acertado indebidamente por M y B en “¿Qué ha sido?” con

detrimento de la medida del verso. La dependencia de la edición de 1796 (Q) respecto a la de 1780 (V) está garantizada por lo que sabemos acerca de la historia de los impresores valencianos Orga [Moll, 1968-1972], pero en algunos casos contados Q introduce errores propios con lo que es plausible aceptar la de los Orga como la versión más correcta. Hay que suponer que una rama formada por M y B dependa de un testimonio ligeramente más deteriorado; en cualquier caso los treinta años que separan la impresión de la redacción de la comedia dejan imaginar que los manuscritos en circulación hayan sido numerosos.

## NOTAS

- <sup>1</sup>Como se le conoce normalmente, aunque en las ediciones de las obras teatrales que hemos manejado el nombre aparece sin la conjunción entre los dos apellidos: Juan de la Hoz Mota.
- <sup>2</sup>Los datos biográficos de Juan de la Hoz y Mota se deben en buena parte a la labor de Elisa Domínguez de Paz [1986], quien basándose en las escasas noticias precedentemente ofrecidas por algunos estudiosos del teatro, trazó la trayectoria de nuestro autor como servidor de la administración real y, lo que nos interesa más en este momento, como dramaturgo.
- <sup>3</sup>El segundo apellido de nuestro autor parece proceder del de su padrino de bautismo, Pedro de la Mota Villegas, probablemente tío materno de la madre [Domínguez de Paz, 1986, 137; García Rámila, 1955, 419].
- <sup>4</sup>Era una figura equivalente a la de los inspectores de Hacienda, aunque sus poderes eran mayores que los de los actuales.
- <sup>5</sup>En realidad la glosa aparece en las páginas 207-208 del volumen (Madrid, Bernardo de Villa-Diego, 1692) atribuida a Juan de la Hoz y Medina, pero Domínguez de Paz [1986, 19] supone no sin fundamento que se trate de nuestro autor.
- <sup>6</sup>Lo que sí se puede excluir es que la primera obra teatral de Juan de la Hoz sea *José salvador de Egipto y triunfo de la inocencia*, como se ha venido afirmando a consecuencia de una mala lectura de las fechas presentes en el manuscrito autógrafo que posee la Biblioteca Nacional de Madrid [Urzaiz 2002, 366], pues seguramente antes del año de composición de esta obra se habían representado al menos otras cuatro. En realidad el manuscrito presenta dos fechas: una en la portada, de 16 o 26 de julio y otra en la censura autógrafa del mismo Juan de la Hoz, al final de la primera jornada: 13 de agosto. En ambos casos el año es claramente 1709, como aseveran Domínguez de Paz [1986, 102] y

Herrera Navarro [1993, *apud* Urzaiz, 2002, 366], aunque años después la misma Domínguez de Paz [1991, 323] se contradiga afirmando, inexplicablemente, que en el manuscrito “se ve claramente el año 1703”.

<sup>7</sup>La refundición es una versión renovada en mayor o menor medida de una o más comedias preexistentes de autores que solían contarse entre los más famosos del siglo XVII. Las comedias se remozaban en este flujo intertextual, lo que permitía a las compañías teatrales volverlas a llevar al escenario en formas más adecuadas al gusto de la época. Las comedias en colaboración de “varios ingenios”, o sea varios autores, eran una práctica no menos habitual y característica del teatro de finales del XVII. Generalmente dos o tres autores se asociaban para escribir una obra distribuyéndose la redacción de forma que cada uno escribía uno o dos actos completos. Ambos fenómenos apuntan a una concepción distinta de la que tenemos hoy en día de la idea misma de autoría, tema complejo que no es posible profundizar aquí, pero por su plena participación en ellos nuestro autor no se destaca de otros dramaturgos contemporáneos suyos.

<sup>8</sup>*El castigo de la miseria, Los disparates de Juan de la Encina, El encanto del olvido, La más valiente guerrera. Por su esposo y por su patria y El villano del Danubio y el buen juez no tiene patria.*

<sup>9</sup>*El Abraham castellano y blasón de los Guzmanes, La acción más noble y gloriosa del rey don Alfonso el Casto, Carlos V sobre Túnez, probable colaboración con Cañizares, El descubrimiento de las Batuecas, El deseado príncipe de Asturias y Jueces de Castilla, colaboración con Pedro Francisco de Lanini, El montañés Juan Pascual, primer asistente de Sevilla y Origen y fundación de la Orden de Calatrava.*

<sup>10</sup>*José, salvador de Egipto y triunfos de la inocencia y Morir en la cruz con Cristo: San Dimas.*

<sup>11</sup>*San Bernardo Abad, colaboración con Bances Candamo; El primer blasón de España, San Hermengildo y La viva imagen de Cristo, el Santo niño de la villa de La Guardia, colaboración con Cañizares.*

- <sup>12</sup> *La Virgen de Guadalupe*, con Bances Candamo.
- <sup>13</sup> Aunque presenta no pocos puntos de contacto con *El mejor alcalde, el rey* de Lope de Vega.
- <sup>14</sup> Los números de página y las citas se refieren a A. de Guevara, *Reloj de príncipes* (1529).
- <sup>15</sup> La interpretación propuesta por Domínguez de Paz [2004], aunque con algunos puntos acertados, no parece adecuadamente justificada por el texto.
- <sup>16</sup> Este es el ejemplar que Domínguez de Paz [1986, 42] indica con el número 25.586 junto con los otros que cita bajo el epígrafe “Manuscritos”. Se trata de ediciones impresas; el único manuscrito existente es el tardío (1803) Ms que se señala aquí y que está en los fondos de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid. Urzáiz [2002, 365] quizá despistado por las indicaciones de Domínguez de Paz, señala la existencia en la Biblioteca Nacional de un ejemplar cuya signatura da como “Ms. 25.586”.
- <sup>17</sup> Francisco Suriá y Burgada aparece activo desde finales de la década de 1760, lo que nos hace suponer esta edición posterior a la de Sanz.
- <sup>18</sup> El manuscrito forma parte de un legajo en el que se conservan también siete copias de la edición de Orga, Valencia, 1780, usadas seguramente como copias de actor y en la primera de las cuales se puede leer, además de la fecha y la firma “F. Rey”, indicaciones relevantes, en particular junto al nombre de Marco Aurelio, aparece escrito, entre otros apellidos, el de “Maiquez”, lo que por el año podría bien referirse al famoso actor.

JUAN DE LA HOZ MOTA

EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL  
BUEN JUEZ NO TIENE PATRIA

EDICIÓN DE GUILLERMO  
CARRASCÓN

COMEDIA FAMOSA *EL VILLANO DEL DANUBIO Y EL BUEN  
JUEZ NO TIENE PATRIA.*

DE DON JUAN DE LA HOZ MOTA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

Marco Aurelio, barba  
Camilo, capitán  
Lelio, romano  
Enio, barba  
Dantea, dama  
Tirrena, dama  
Taurina, graciosa  
Mileno, barba  
Alcidón, galán  
Adriano, galán  
Corcoba, gracioso  
Pasquín, gracioso  
Dos Senadores  
Pastores  
Zagalas  
Soldados

## JORNADA PRIMERA

*(Salen bailando y cantando pastores, pastoras, Corcoba y Taurina, todos de pieles, y detrás Alcidón, Dantea y Tirrena en el mismo traje)*

TAURINA.— Pues el sol es solo  
la deidad sagrada  
que el mundo ilumina,  
las esferas manda,

TODOS.— alegre el Danubio [5]  
sus glorias aplauda.

TAURINA.— Pues debe a su influjo  
su verdor la planta,  
el hombre la vida,  
y el astro la llama, [10]

TODOS.— alegre el Danubio, etc.

TAURINA.— Pues es su presencia  
de los orbes alma,  
que con ella animan  
y mueren si falta, [15]

TODOS.— alegre el Danubio, etc.

DANTEA.— Moradores del Danubio,  
que en las cimas empinadas  
de sus ásperos peñascos  
veneráis la soberana [20]

deidad del sol en el templo  
que el afecto le consagra  
entre estos incultos riscos,  
no se suspenda la fausta  
aclamación suya, pues [25]  
ya veis que sus luces rayan  
las torres de su edificio,  
que en oro sus rayos bañan.

ALCIDÓN.— Dices bien, bella Dantea;  
no detenga, amigos, nada [30]

lo festivo de su culto,  
cuando después de él aguarda  
mi amor mirarse premiado  
con tu hermosa mano blanca.

TIRRENA.— (*Aparte*) ¡Ah, ingrato Alcidón! Oh, antes [35]  
que vea tan mal pagadas  
mis finezas, o mi muerte  
o la tuya satisfaga  
mis celos.

CORCOBA.— Dice muy bien [40]  
Alcidón, de fiesta vaya,  
que el señor Sol es un dios  
amigo de holgura y chanza,  
y porque la noche es triste,  
no quiere verle la cara.

DANTEA.— Pues el festejo prosiga, [45]  
que mientras al sacro alcázar  
llegamos, ya habrá mi padre  
venido.

ALCIDÓN.— Pues ¿cómo falta  
en esta ocasión?

DANTEA.— Bajó [50]  
a las márgenes heladas  
del Danubio por traer  
el sacrificio a sus aras  
que acostumbra.

TIRRENA.— Pues repita  
nuestra festiva algazara.  
(*Canta Taurina*)

TAURINA.— Pues el sol es solo [55]  
la deidad sagrada,  
que el mundo ilumina,  
las esferas manda,

TODOS.— alegre el Danubio [60]  
sus glorias aplauda.  
(*Dentro*) ¡Arma, guerra!  
(*Cajas y clarín*)

TIRRENA.— Mas ¿qué es esto?

ALCIDÓN.— ¿Qué novedad impensada  
altera nuestro sosiego?

DANTEA.— ¿Qué rumor de voces vagas  
el aire asusta?

*(Sale corriendo uno)*

UNO.— Infelices [65]

moradores de las altas  
cumbres del Danubio, huid,  
que inundando vuestras playas,  
extranjeros enemigos  
a cuantos encuentran matan. [70]

CORCOBA.— Pues voy donde no me encuentren.

¡Ven, Taurina, a la cabaña!

*(Dentro)*

¡Arma! ¡Guerra!

UNO.— Huyamos todos.

ALCIDÓN.— ¿Dónde el temor os arrastra,  
y el sacrificio dejáis? [75]

UNO.— Donde la fuga nos valga  
las vidas.

DANTEA.— ¿Cómo? ¿vosotras  
me desamparáis?

UNA.— No hay nada  
que nos deje ver el miedo.

ALCIDÓN.— Seguid, amigos, mi planta, [80]

y hasta ver de ese enemigo  
que encarecéis las ventajas,  
no desmaye vuestro aliento.

DANTEA.— Seguidme, hermosas zagalas,  
y siquiera por curiosas, [85]

cuando no por esforzadas,  
vamos a ver al contrario.

*(Dentro)*— En vano, Alcidón, te cansas.

ALCIDÓN.— Muévaos mi ejemplar,<sup>1</sup> seguidme.

*(Vase Alcidón)*

DANTEA.— Mi brío ejemplar os haga. [90]

(*Dentro*)— ¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!

CAMILO.— (*Dentro*) Cercad toda la montaña,  
pues cobardemente de ella  
esos bárbaros se amparan.

UNOS.— ¡Huyamos de su furor! [95]

OTROS.— ¡El templo sacro nos valga!  
(*Vanse. Sale Camilo armado a lo romano y soldados*)

CAMILO.— Seguid su alcance, romanos,  
sin dejar en la intrincada  
maleza de su espesura  
peña, tronco, risco o planta [100]  
que no registre el valor  
y el coraje no deshaga;  
y pues no se han atrevido  
en esta amena campaña  
a aguardarnos, y se vale [105]  
de las cumbres empinadas  
de esos riscos su temor,  
no logren la retirada:  
a ellos, antes que en ellos  
se fortifiquen sus armas. [110]

TODOS.— ¡Al risco, a la cumbre!  
(*Sale Marco Aurelio, barba*)

MARCO AURELIO.— ¿Dónde  
va, soldados, vuestra saña,  
si ya el triunfo el enemigo  
os lo deja a las espaldas?  
Si su fuga vil os hace [115]  
dueños de haciendas y patria,  
¿qué es lo que queréis pedir  
a quien esto desampara?

CAMILO.— Sus vidas, pues que sus vidas  
son de mis iras la causa; [120]  
pues no es victoria, no es triunfo  
el que no escribe la fama  
con la pluma del acero  
que sangre enemiga esmalta;

y así, hasta que correr mire, [125]  
cual rojo mar, toda cuanta  
del Danubio la ribera  
habita, en vano tus canas  
templar podrán, si son nieve,<sup>2</sup>  
de aqueste pecho la llama. [130]

MARCO AURELIO.— Camilo, aunque a tu valor

el sacro Senado encarga,  
como a capitán dichoso,  
de las ciudades riparias  
del Danubio la conquista, [135]

también que se acompañara  
tu brío de mi prudencia  
quiso, hasta que sosegada  
esta indómita provincia,  
hecha colonia romana, [140]  
del yugo de su dominio  
viese la coyunda blanda.

Ya el triunfo está conseguido,  
pues al furor de tus armas  
las mayores poblaciones [145]  
se han rendido, y solo falta  
entre estos incultos riscos  
esta remota comarca,  
cuya aspereza terreno  
y moradores iguala. [150]

Si estos a lo más fragoso  
se retiran, cosa es clara  
que es el temor quien los guía,  
pues no disputan sus armas  
sus casas, sino sus vidas; [155]

y pues solo el conservarlas  
en obediencia nos toca,  
depón, Camilo, la saña,  
pues en el rendido, aun  
está de más la amenaza. [160]

CAMILO.— Cuando aun esos fugitivos

las cervices humillaran,  
y a pedir piedad vinieran,  
no sé lo que ejecutara,  
cuánto más al ignorar [165]  
si es fuga, o si es retirada,  
la suya; y así, en tal duda,  
¡soldados, a ellos!

SOLDADOS.— ¡Al arma!  
(Sale Lelio)

LELIO.— Señor, ya con más cautela  
recoger las desmandadas [170]

tropas debes, pues, aunque antes  
al estruendo de las armas  
los bárbaros asustados  
huyeron por partes varias,  
ya recogidas sus fuerzas, [175]

frente hacen a tus escuadras:  
una en la fragosa senda  
que guía a la plaza de armas  
que forman en ese risco  
y un robusto joven manda; [180]

y a otra parte las mujeres  
también, capitaneadas  
de una rústica belleza,  
ese edificio que llaman  
templo suyo han guarnecido, [185]  
o ya porque de él se amparan  
como sagrado, o ya porque  
desde él resistencia hagan.

CAMILO.— ¿Has visto ya, Marco Aurelio,  
cómo tu piedad te engaña [190]  
y que al capitán prudente  
no ha de asegurarle nada?

MARCO AURELIO.— La defensa...

CAMILO.— No gastemos  
el tiempo ahora en palabras.  
Acometed risco y templo. [195]

MARCO AURELIO.— Pues porque no te persuadas  
que lo que ha sido prudencia  
es en mí de valor falta,  
yo iré al risco y postraré  
sus bárbaras arrogancias. [200]

CAMILO.— Pues guiad al templo vosotros.  
*Vase.*

ADRIANO.— Ya su cima coronada  
se ve de bárbaros.

MARCO AURELIO.— Pues  
aunque la subida es agria,  
¡a ellos, romanos!

*(Encima de un monte están Alcidón y los bárbaros con unos troncos de álamos y suben Marco Aurelio y los romanos hasta hacerlos retirar)*

ALCIDÓN.— No, amigos, [205]  
la novedad de las armas  
os asuste, que de acero  
hace el valor vuestras clavas.

MARCO AURELIO.— En vano es vuestra defensa, [210]  
que las águilas romanas  
saben con ligero vuelo  
vencer mayores distancias.

ALCIDÓN.— Ya lo veréis.

TODOS.— ¡Arma, guerra!  
*(Salen Camilo, Lelio y soldados)*

CAMILO.— Pues que no solo declara [215]  
su tosca fábrica ser  
el templo donde se amparan  
el que veis, sino también  
el que defenderse tratan,  
entradle a fuego y a sangre,  
sus puertas al suelo caigan. [220]

*(A la parte izquierda se descubra la fachada tosca de un templo por donde salen Dantea y las mujeres)*

DANTEA.— ¿Dónde, valientes soldados,  
mueve la atrevida planta  
vuestro sangriento furor?

¿Dónde el brazo la amenaza?  
Si es al templo, ¿cómo en él [225]  
no os lo refrena la sacra

deidad de un Dios, todo fuego,  
todo rayos, todo llamas?  
Si es a las que dentro de él,  
medrosamente asustadas, [230]

buscan su asilo al oír  
el horror de vuestras armas,  
¿qué os han hecho las mujeres,  
que aun no queréis que las valga  
la inmunidad que concede [235]  
a un delincuente esta estancia?<sup>3</sup>

Y en fin, o sea uno u otro,  
ya estamos aquí: ¿qué aguarda  
vuestra ira? Pero advertid  
que si de profanar trata [240]  
o ese culto o este honor

vuestra bárbara arrogancia,  
primero, en noble defensa  
de dos tan primeras causas,  
vender sabremos las vidas [245]  
las que miráis, mas tan caras,

que en vuestras venas no hay sangre  
bastante para pagarlas.

TIRRENA.— Lo mismo decimos todas;  
y ved que al que de esa raya [250]  
se atreva a pasar, el pecho  
será de esta flecha aljaba.

CAMILO.— Hermosísima amazona,  
en quien renueva la fama  
la belleza de las griegas [255]  
y el valor de las romanas

¿quién eres, que tan resuelta  
contra un ejército hablas?  
Mas ¿qué pregunto? si tienes  
para postrar nuestras armas [260]

tres más fuertes en tus ojos,  
en tu pecho y tus palabras,  
pues que valiente, discreta  
y hermosa, si miras, matas,  
las almas, si hablas, cautivas, [265]  
y los pechos, si amenazas.

¿Qué dios de fuego y de rayos  
en ese templo se guarda,  
si ya no es imagen tuya,  
pues eres tú la que abrasas, [270]  
haciendo con dulce incendio  
apetecible la llama?

A rendir, a avasallar  
he venido, mas tu rara  
perfección trocó el intento, [275]  
si no al efecto, a la causa,  
pues rindo, avasallo y postro  
a tu beldad soberana

el acero y el bastón,  
el corazón, vida y alma. [280]

¿Qué quieres, pues?

*(Sale Marco Aurelio y soldados riñendo con Alcidón y los bárbaros)*

MARCO AURELIO.— Hombre o monstruo

¿qué intentas con tal ventaja?

ALCIDÓN.— Morir matando, ya que  
no quiere mi estrella infausta  
el que pueda defender [285]  
a Dantea y a mi patria.

CAMILO.— Eso es fácil que lo logres.

DANTEA.— Antes verás arrestada  
mi vida.

CAMILO.— ¿Tú le defiendes?  
Eso a mis furores basta [290]  
para que le dé la muerte.

TODOS.— ¡Guerra! ¡Arma!

*(Al acometerse sale por en medio Mileno, vestido de pieles, con abarcas, barba larga y un cayado tosco)*

MILENO.— Tened la saña  
para el agravio los unos,  
y otros para la venganza,  
si a mi ruego le disculpa [295]  
la licencia de estas canas.

ALCIDÓN.— Ya, Mileno, nuestras iras  
con tu presencia se aplacan.

CAMILO.— Las mías no; pues ¿quién eres  
tú, que a solas tus palabras [300]  
las cóleras militares  
intentas mirar templadas?

MILENO.— ¿Quién soy, dices? Eso debo  
preguntar yo con más causa.  
Quién eres tú me responde, [305]  
aunque ya el traje declara  
ser romano— o con qué intento,  
a la montuosa Germania  
con tal alboroto vienes  
de sangrientas amenazas. [310]

CAMILO.— Despacio está mi furor  
para que ahora se parara  
contigo a darte razón  
de la que me mueve.

MARCO AURELIO.— Aguarda,  
Camilo, que ya que vemos [315]  
juntos de aquesta comarca  
los moradores, y en voz  
de aqueste anciano, pues callan,  
razón nos piden, es bien  
que la sepan, porque no haya [320]  
objeción de que el Senado  
romano resuelve y manda  
nada que no sea razón.

CAMILO.— Pues si eso por justo hallas,  
sabed que el sacro Senado, [325]  
después que al África y Asia  
ha impuesto leyes, sabiendo

que solo en Europa falta  
por reconocer su imperio,  
estas ciudades riparias<sup>4</sup> [330]  
del Danubio, a Marco Aurelio  
y a mí su conquista encarga  
a cuyo fin...

MILENO.— No prosigas,  
que menos voces bastaban  
a conocer tu intención; [335]

y pues que ya declarada,  
a ti el conquistarlas toca,  
y a nosotros el guardarlas,  
sabe que es esta provincia  
por su terreno tan agria, [340]

por sus riscos tan inculta  
y en todo tan retirada  
de humano comercio, que  
eterno olvido nos guarda  
de la ambición y la envidia, [345]

que en el demás orbe manda.  
Los que ves somos agrestes  
vecinos, a quien traslada  
de su aspereza lo bronco;  
estas pieles son las galas [350]

de que, iguales, nos preciamos;  
estos troncos nuestras armas.  
Entre nosotros no hay rey  
que nos mande, porque es vana  
locura ser nadie más, [355]

donde se ignora qué es fama.  
Al sol por dios adoramos,  
viendo que nada le iguala  
en el cielo, ni en la tierra,  
con que si bien lo reparas, [360]

ya inferirás que quien vive  
en esta tranquila calma,  
no es rico, porque no sabe

de qué sirva el oro y plata,  
ni pobre, pues que le sobra [365]  
cuanto a despreciar alcanza.

Con que yo no sé a qué fin  
Roma de inquietudes trata,  
pues no sé yo a su grandeza  
que pueda servir de nada [370]  
una región tan inútil,

que no puede tributarla<sup>5</sup>  
ni seda como Damasco,  
ni púrpura como Arabia,  
ni trigo como Sicilia, [375]

ni como Sidón el ámbar,  
ni como Cantabria acero,  
ni oro y plata como España;  
y así, capitán valiente,  
a Roma vuelve tu marcha [380]

y di al Senado que deje  
en la quietud de sus casas  
una gente que no puede,  
cuando llegue a conquistarla, [385]  
darle utilidad ni gloria,

pues en fortuna tan baja,  
¿qué perderán en perderse?  
ni tú en ganarlos ¿qué ganas?

CAMILO.— No dirás que no he escuchado  
con atención tus palabras, [390]

porque cargo Marco Aurelio  
de tu razón no me haga;  
mas como el obedecer  
lo que el Senado me manda  
debo solo, y de la ley [395]

militar en la observancia  
el texto no admite glosa,  
pues ya piso esta campaña,  
de ella soy ya dueño, y todos  
preveníos, sin tardanza, [400]

a jurarme la obediencia  
o a morir.

ALCIDÓN.— A esa amenaza  
así respondo.

MILENO.— ¡Teneos!

Pues ¿qué razón o qué causa  
mueve al Senado, que nuestra [405]  
libertad así avasalla?

¿Somos enemigos suyos?  
Jamás en edades largas,  
ni aun por racional comercio, [410]  
nos hemos visto las caras.

¿Hay algún derecho antiguo,  
hay alguna ley que manda  
que sea sujeta a Roma  
la pacífica Germania?

Pues ¿qué es esto?

CAMILO.— Esto es, Mileno, [415]  
que en ley natural se halla  
que el mayor mande al menor:

en la salobre campaña,  
mudos los peces lo dicen;  
en las ásperas montañas, [420]  
rugiente el león lo muestra;

y en esas esferas vagas,  
obediencia dan las aves  
al águila coronada,  
a cuyo ejemplar el mundo [425]  
así sus diademas labra.

Roma, por esta razón,  
república es soberana,  
a quien todo se sujeta, [430]  
pues extendiendo sus alas  
las águilas de su timbre,  
una punta y otra abrazan  
los dos polos de la tierra,  
a cuya sombra descansan;

pues ¿por qué quiere eximirse [435]  
un rincón, un punto, un nada  
de la tierra a su poder,  
si ve provincias tan vastas,  
con su protección felices,  
y con su dominio ufanas? [440]

MILENO.— Ahora me has concluido;  
porque es razón muy sobrada  
ser pobre, ser abatido,  
para que el soberbio haga  
de su humildad escalón [445]  
al trono de su arrogancia;  
y si Roma en su ambición  
su fundamento señala,  
¡ay de corona que estriba  
en tiranías su basa! [450]

MARCO AURELIO.— Ten, que aunque ha dicho Camilo,  
por convencer ignorancias  
vuestras, que es solo el anhelo  
de dominar el que arrastra  
al Romano Imperio, hay otra [455]  
razón mayor con que enlaza  
vuestra propia libertad  
en las glorias: que se añada.<sup>6</sup>

MILENO.— Perder nuestra libertad,  
sujetarnos a sus armas, [460]  
bien se ve que es gloria suya;  
mas que tú ahora nos persuadas  
que puede ser por bien nuestro  
es proposición extraña.

MARCO AURELIO.— Pues porque no lo dudéis, [465]  
decidme: ¿la vida humana  
en qué funda su fortuna?  
¿en qué sus dichas señala?  
¿no es en poseer riquezas?  
¿no es el poseerlas, gozarlas [470]  
con delicias, con regalos?

¿no es en vivir con urbana  
comunicación, sabiendo  
las ciencias, con que se alcanza  
no solo la distinción [475]  
que hay desde el bruto a la planta,  
como desde el hombre al bruto,  
sino lo inmortal del alma,  
a lo caduco del cuerpo?  
Pues si en aquesta privada [480]  
vida carecéis de todo,  
siendo de aquesta comarca  
brutos con figura de hombres,  
sin que entre vosotros haya  
ni leyes para el gobierno [485]  
de política enseñanza,  
ni aun religión, pues al sol  
vuestra sencilla ignorancia  
adora por solo sol,  
sin que sepáis su sagrada [490]  
estirpe, y de los demás  
dioses, quien esto os mostrara,  
gran beneficio os hacía,  
de que habíais de dar gracias.<sup>7</sup>  
Pues esto pretende Roma, [495]  
a esto envía sus escuadras,  
a esto con paz os convida,  
a que seáis entre tantas  
provincias como la sirven,  
la no menos estimada, [500]  
a que aprendiendo sus leyes,  
de la justicia la espada  
dé seguridad al bueno,  
corrija al malo sus faltas;  
sepáis que es la religión [505]  
de los dioses derivada,  
cuáles son sus sacrificios,  
cómo sus templos y aras,

cuáles las costumbres, usos,  
y tratos de la lozana [510]  
juventud, y racionales  
en esto, pueda la fama  
celebrar el claro nombre  
de las ciudades riparias.

MILENO.— Ya segunda vez respondo, [515]  
que aun antes de pronunciada  
conozco vuestra intención;

¿por qué amistad, qué alianza,  
o por qué antiguos servicios  
nos está Roma obligada [520]

a que tan a costa suya  
ponga un ejército en marcha  
para nuestra conveniencia,  
cuando no le importa nada,  
que seamos brutos o hombres? [525]

Pero materia tan ardua,  
pues la escuchan los que en ella  
interesados se hallan,  
entre la paz o la guerra,  
miren cuál escogen de ambas. [530]

ALCIDÓN.— Proposición que nos trae  
tan singulares ventajas,  
poco hay que admirar en ella,

pues aun al valor le salva,  
que es la razón la que vence, [535]  
y no el brío el que batalla.

TODOS.— Lo mismo decimos todos.

DANTEA.— Si para aplaudir la fama  
una mujer, decir suele [540]  
una matrona romana,

y esto venimos a ser,  
¿en qué el decoro repara?

TIRRENA.— Si son sus hermosos trajes  
tan propios para las damas,  
desechemos estas pieles. [545]

MILENO.— ¡Ay, avecillas incautas!

Mirad el lazo que encubren  
del prado las esmeraldas.

ALCIDÓN.— ¿Qué lazo?

CAMILO.— Caduco anciano,  
no hipócritamente hagas [550]  
con misteriosos delirios  
oráculos de tus canas;  
y vosotros responded.

ALCIDÓN.— Ya respondido te hallas:  
pues si por ser quien es, Roma [555]  
nos ofrece dichas tantas,  
que viva Roma y que triunfe,  
pues benigna nos ampara.

MARCO AURELIO.— ¡Viva Roma!

TODOS.— ¡Roma viva!

CAMILO.— (*Aparte*) ¡Ay, bellísima tirana, [560]  
que tuyo solo es el triunfo!

MARCO AURELIO.— Vamos adonde se haga  
el homenaje debido,  
y a Camilo, por tan fausta  
expedición, conozcáis<sup>8</sup> [565]  
cónsul de aquesta comarca,  
que es quien ha de gobernaros.

MILENO.— Pues porque veáis que no es tanta  
nuestra rustiquez, venid, [570]  
y veréis la comenzada  
ceremonia al sacrificio  
del sol; y antes que a sus aras  
lleguemos, las de unas bodas,  
cuyo aplauso las consagra.

(*Aparte*) ¡Ah, vulgo! ¡Fuerza es seguir [575]  
el curso de tu inconstancia!

MARCO AURELIO.— Vamos, pues.

ALCIDÓN.— ¡Ay, mi Dantea!

¡Feliz quien tuyo se llama!

DANTEA.— ¿Qué dicha iguala a mi dicha?

TIRRENA.— (*Aparte*) ¿Qué pena a mi pena iguala? [580]

plegue a amor, ingrato aleve,  
que no logres lo que amas.

CAMILO.— (*Aparte*) Siguiendo voy el hermoso  
imán de mis esperanzas.

MILENO.— (*Aparte*) Quiera Dios que por bien sea [585]  
tan repentina mudanza.

(*Éntranse y salen Taurina y Corcoba huyendo de Pasquín, soldado romano*)

CORCOBA.— ¡Huye, Taurina!

TAURINA.— ¡Huye tú,  
Corcoba!

PASQUÍN.— ¡Cuerpo de Dios!

¡No huyáis, aguardad los dos!

CORCOBA.— ¡Que te aguarde Belcebú! [590]

PASQUÍN.— ¿Para qué, si os he alcanzado?

TAURINA.— ¡Suelte, mire cómo agarra!

CORCOBA.— ¡Ay, que el sayo me desgarrar!

PASQUÍN.— ¿Quién sois?

TAURINA.— ¿Pues no lo ha mirado?

PASQUÍN.— ¿Sois gentes?

CORCOBA.— Pues ¿no lo veis? [595]

PASQUÍN.— Es que con vestidos tales  
os tuve por animales.

CORCOBA.— Es merced que nos hacéis.

PASQUÍN.— Yo con la gente de guerra [600]  
a esta conquista he venido,

y he andado todo hoy perdido  
por esa fragosa sierra  
buscando los escuadrones.

CORCOBA.— ¿Y qué sois, en conclusión?

PASQUÍN.— Yo soy soldado dragón [605]  
de las romanas legiones.

CORCOBA.— ¿Dragón? el alma se alegra;  
ya lo que seréis prevengo,  
que otros dos en casa tengo.

PASQUÍN.— ¿Quién son?

CORCOBA.— Mi suegro y mi suegra. [610]

PASQUÍN.— Mirad lo que estáis hablando.

TAURINA.— Malicias son, no hay que oíllas.

CORCOBA.— Sin otras dos cuñadillas,  
que se van endragonando.

PASQUÍN.— ¿Sois su mujer?

TAURINA.— Claro está. [615]

PASQUÍN.— Pues dame, hermosa serrana,  
los brazos.

TAURINA.— De buena gana.

CORCOBA.— ¿Qué es lo que miro? ¡Arre allá!

PASQUÍN.— ¿Qué os espanta?

CORCOBA.— A vista mía,  
que a mi mujer abracéis. [620]

PASQUÍN.— ¿Pues aquesto no sabéis  
que es romana cortesía?

CORCOBA.— Hasta ahora tal no he sabido.

PASQUÍN.— Pues como conmigo estéis,  
esto y más aprenderéis. [625]

CORCOBA.— Yo lo doy por aprendido.

PASQUÍN.— ¡Ilustrad vuestro linaje,  
sed hombre y no bruto ya!

CORCOBA.— ¿Pues a usted qué se le da,  
si yo quiero ser salvaje? [630]

PASQUÍN.— Mirad, la sed me maltrata;  
¿tenéis vino?

CORCOBA.— ¡Pese a mí!  
¿Vino? Una fuente hay allí,  
que corre como una plata,  
y de ella os podéis hartar. [635]

PASQUÍN.— Pues traedme una poca, amigo.

CORCOBA.— Vente, Taurina, conmigo.

PASQUÍN.— ¿Pues solo me ha de dejar?

CORCOBA.— ¿Sois medroso, mal pecado?  
Pues venid hasta la fuente,  
y beberéis juntamente. [640]

PASQUÍN.— Mirad, yo vengo cansado,

y aquí sentado quisiera  
el que ella me acompañara,  
en tanto que descansara. [645]

CORCOBA.— ¿Acompañar? Guarda fuera;  
yo estaré de aquí a mañana  
con vos, si el miedo os aquella,<sup>9</sup>  
y que traiga el agua ella.

PASQUÍN.— No es cortesía romana [650]  
el que la mujer trabaje,  
y esto es razón también que  
aprendáis.

CORCOBA.— Dígole a usted,  
que yo quiero ser salvaje.

PASQUÍN.— Sois un bruto.

CORCOBA.— Ya lo entiendo. [655]

TAURINA.— Y tiene mucha razón  
en esto el señor dragón.

CORCOBA.— ¿Qué? ¿también vais aprendiendo?

PASQUÍN.— Id luego.

CORCOBA.— No mos maltrate,  
que ya irán.

PASQUÍN.— Traedla al momento, [660]  
que estoy de sed que reviento.

CORCOBA.— Mas que<sup>10</sup> se os seque el gazzate.

PASQUÍN.— Yo os he de hacer, a fe mía,  
hombre con cuatro lecciones.

CORCOBA.— Válgante dos mil legiones [665]  
por romana cuertesía.<sup>11</sup>

*(Vase)*

PASQUÍN.— Ya se fue. Hermosa villana,  
los brazos me vuelve a dar.

TAURINA.— ¡Dale con tanto abrazar!

PASQUÍN.— ¿No ves que es moda romana? [670]  
¿Quieres conmigo venir  
adonde mi gente está?

TAURINA.— Y mi marido ¿qué hará?

PASQUÍN.— Nada tienes que sentir,

pues allí serás servida, [675]  
festejada y regalada;  
deja esta vida cansada.

TAURINA.— (*Aparte*) Ya estó<sup>12</sup> medio reducida,  
y con él pienso ir a ver  
las cosas con que me emboba. [680]  
¿Qué hará en viniendo Corcoba?

PASQUÍN.— ¿Qué? ¡Buscar otra mujer!  
(*Vanse. Salen Camilo, Mileno y todos*)

MILENO.— Aquí, antes de entrar al templo,  
es primer costumbre nuestra,  
el que dados de las manos [685]  
los que desposarse esperan,  
saluden al sol, volviendo  
al Oriente las cabezas.

MARCO AURELIO.— Especie es de religión.

MILENO.— Y así, hija, a Alcidón te acerca, [690]  
que es el que esposo te elijo.

ALCIDÓN.— Pues dame, hermosa Dantea,  
tu blanca mano, en quien cifra  
amor sus dichas supremas.

DANTEA.— Ya con el alma la ofrezco. [695]

CAMILO.— ¡Esperad! (*Aparte*) ¿Qué miro, penas?

MILENO.— ¿Qué es esto?

ALCIDÓN.— ¿Por qué atajáis  
la ceremonia primera?

MILENO.— Pues ¿qué razón...?

CAMILO.— Escuchad:

(*Aparte*) Dareles causa diversa, [700]  
y haga ingenioso el amor  
honor de lo que es violencia.

MILENO.— Ea, proseguid.

CAMILO.— Mileno,  
¿no decís que es hija vuestra  
esta dama?

MILENO.— Esta serrana, [705]  
que acá damas no se encuentran,

es mi hija.

CAMILO.— ¿Y no es Alcidón,  
según he visto en las muestras  
de su valor, el caudillo  
de más brío y más nobleza? [710]

ALCIDÓN.— Vos me honráis.

CAMILO.— Pues ¿qué razón  
hay, que en el día que llega  
Roma, o en su nombre yo,  
a tomaros la obediencia,  
a instruiros en sus costumbres [715]

y a gobernaros en ellas,  
se haga función tan solemne,  
en donde a un tiempo interesan  
la prudencia de Mileno,

la hermosura de Dantea [720]  
y la gala de Alcidón,  
sin los aparatos, fiestas  
y demostraciones que  
estimamos?

MILENO.— Todas esas  
vanas pompas por acá [725]  
ni se saben, ni desean.

CAMILO.— Una vez que estoy presente,  
¿qué el mundo de mí dijera,  
si no os honrara?

ALCIDÓN.— Señor,  
la mayor honra que esperan [730]  
de vos mis afectos es  
que no interrumpáis la fiesta.

CAMILO.— Eso a vuestra atención toca  
pedir, como a mi grandeza [735]  
el mostrar lo que os estimo,  
que es bien que el Danubio sepa  
lo que favorece Roma  
a sus provincias sujetas.

MILENO.— Dejadlos casar ahora,

que después tiempo nos queda [740]  
para que vos nos honréis  
y para que ellos aprendan.

DANTEA.— ¡Ay de mí!

TIRRENA.— (*Aparte*) El cielo me ha oído.

MARCO AURELIO.— (*Habla aparte con Camilo*) Muy justo es que les concedas

lo que piden, si esta gente [745]  
con aquesto se contenta;  
dejadlos.

CAMILO.— Bien, Marco Aurelio,  
veo lo que me aconsejas,  
pero esto me importa.

MARCO AURELIO.— Mira [750]  
que no es política regla  
el desazonar al pueblo,  
donde nuevo a mandar entras,  
y más por cosas tan leves.

ALCIDÓN.— En fin, señor, ¿das licencia?

MILENO.— ¿Para qué? ¿Para casaros? [755]  
Si la voluntad es vuestra,  
y yo os la doy como padre,  
¿no es esa pregunta necia?

CAMILO.— No lo es, que fuera de que [760]  
es desatención grosera,  
oponerse a mi dictamen,  
tiene Roma ley expresa  
para que nadie se case  
sin orden del que gobierna.

ALCIDÓN.— Como acá no hay esas leyes... [765]

CAMILO.— Pues así haré que se sepan.

MILENO.— Pero entre tanto...

CAMILO.— Entre tanto,  
haré lo que me parezca.

MILENO.— ¿Y esa es ley?

CAMILO.— ¡No me repliques!

MILENO.— (*Aparte*) ¡Ah! ¡Qué presto que revienta [770]

la mina<sup>13</sup> que yo temía!

DANTEA.— Señor, si el ruego te templa  
de una mujer...

CAMILO.— Por ti sola  
hago yo esto.

MARCO AURELIO.— Considera...

CAMILO.— Marco Aurelio, ya tu empleo [775]

ha cesado, pues me dejas  
gobernador; parte a Roma  
para dar del triunfo cuenta.

Y cuando yo no te pido  
parecer, no me lo ofrezcas. [780]

MARCO AURELIO.— Para esto Roma mandó  
que yo contigo viniera.

CAMILO.— Yo mando ahora que te vayas,  
pues ya se acabó la guerra.

MARCO AURELIO.— En la paz es de mis canas [785]  
el oficio.

CAMILO.— Poca ciencia  
deben de tener, pues no  
saben que en estas materias  
de oponerse a un poderoso,  
quien más porfía, más yerra. [790]

MILENO.— Con que, en fin, señor...

CAMILO.— Mileno,  
la boda ahora se suspenda,  
porque es justo; porque yo  
gusto de ello; porque es vuestra  
utilidad; y porque [795]

todos pretenden que sea,  
diciendo yo que no quiero;  
y a esto ninguno se atreva  
a replicar; y porque  
este enojo no os parezca [800]  
sino modo de mostraros  
las romanas obediencias,  
tú, capitán de mis guardias,

Alcidón, quiero que seas;  
y tú, Mileno, a mi lado, [805]

el árbitro de quien pendan  
todas mis resoluciones;  
y cuando de Roma vengan  
las preseas y las joyas, [810]

los brocados y las telas  
de que su nobleza usa  
y ha de vestirse Dantea  
y las demás, estas bodas  
se harán, y ninguno entienda  
que hay en lo que determino [815]

apelación ni respuesta.  
Tú, ven para que los pliegos  
te dé con que a Roma vuelvas  
sin la menor dilación.

MARCO AURELIO.— Yo partiré como ordenas; [820]

mas mira, Camilo, antes  
que no dé lugar a quejas  
tu temeridad, porque  
con acciones tan violentas  
envías en mí al Senado [825]

un testigo en favor de ellas.

CAMILO.— Bien está.

*(Sale Corcoba)*

CORCOBA.— ¡Ay, triste de mí!

¡Ay, mi mujer! ¡Ay, mi prenda!

¡Ay, mi Taurina!

CAMILO.— ¿Qué es esto,  
villano?

CORCOBA.— Estas son las señas [830]

de su vestido: ¿sabrame  
decir si por esta senda  
echó un dragón que a Taurina  
se lleva para que aprenda  
la romana cuertesía? [835]

MARCO AURELIO.— Quita, loco.

CAMILO.— Aparta, bestia;  
ven, Marco Aurelio.

ALCIDÓN.— Señor...

DANTEA.— Por ser la merced primera,  
que a tus plantas...

CAMILO.— Lo resuelto  
ha de ser, aunque no fuera [840]

más sino porque sepáis  
que aun en cosas tan ligeras,  
sin gusto del superior,  
los súbditos ni aun alientan.

(*Aparte*) ¡Ay, serrana, que tus ojos  
aun a más rigor me fuerzan! [845]

(*Vanse los romanos*)

ALCIDÓN.— ¿Qué es esto que escucho, enojos?

DANTEA.— ¿Qué es esto que miro, penas?

CORCOBA.— La romana cuertesía.

TIRRENA.— (*Aparte*) Pues yo padezco, padezcan. [850]

MILENO.— ¿Qué gemís? ¿Qué suspiráis?

¿No os previno estas violencias  
mi voz?

ALCIDÓN.— Tarde lo conozco.

MILENO.— Pues Alcidón...

ALCIDÓN.— ¿Qué?

MILENO.— Paciencia,  
y llore como mujer [855]

quien como hombre no pelea.<sup>14</sup>

ALCIDÓN.— Déjame, que yo...

MILENO.— Ya es tarde,  
que de todas vuestras fuerzas  
señores son los romanos.

DANTEA.— ¡Oh, jamás acá vinieran! [860]

MILENO.— ¿Qué importa, si vestiréis  
sus brocados y sus telas?

CORCOBA.— Y aprenderán cuertesía;  
pero ahora que se me acuerda,  
¿sabéis vos de mi mujer? [865]

ALCIDÓN.— Quita, villano, que un Etna<sup>15</sup>  
tengo en el pecho.

*(Vanse entrando)*

CORCOBA.— ¿Ni vos?

DANTEA.— Ni aun de mí sé en tan adversa  
fortuna. *(Vase)*

CORCOBA.— ¿Sabréis decirme  
de mi Taurina, Tirrena?

[870]

TIRRENA.— Solo el dolor que padezco  
halla alivio entre estas quejas. *(Vase)*

CORCOBA.— ¿Ni vos, Mileno, tampoco?

MILENO.— ¡Ah, infeliz patria y qué apriesa<sup>16</sup>  
lloras tu error!

ALCIDÓN.— Pues en tanto  
que o nos acaba o se templa...

[875]

DANTEA.— A sentir.

ALCIDÓN.— A padecer.

MILENO.— Mas con tal silencio sea,  
que ni aun desde el pecho al labio  
sepa el suspiro la senda,  
que el que sin culpa castiga,  
hará agravio de la queja.

[880]

## JORNADA SEGUNDA

*(Salen Camilo y Mileno)*

CAMILO.— Rompe aquesos memoriales,  
Mileno.

MILENO.— ¿Por qué te irritan  
humildes quejas del pueblo? [885]

CAMILO.— Por sus cansadas porfias.  
¿No he dicho ya que no puedo  
darles lo que solicitan  
a tantos como pretenden,  
ni excusarles las precisas [890]  
contribuciones que Roma  
por órdenes repetidas  
manda sacar?

MILENO.— Como son  
nuevas en estas provincias  
aquestas imposiciones, [895]  
pues del tributo, en su antigua  
libertad, ni aun por el nombre  
llegó a tener la noticia,  
no en su extrañeza te espante  
les parezcan excesivas. [900]

CAMILO.— Pues si saben que el que manda  
de su república misma  
es siervo, ¿cómo le pueden  
negar en buena justicia  
el sustento, que compone [905]  
de partes tan divididas  
que al que obedece son nada,  
y son mucho al que domina?  
Y cuando nuevas urgencias  
se descubren cada día, [910]  
son forzosos los arbitrios.

MILENO.— La miseria en que se miran  
estos pueblos, no teniendo  
hacienda que fructifica,  
ni comercio que la supla, [915]  
hace su queja atendida.

CAMILO.— Jamás el que debe, tiene.  
Pues ¿qué el Danubio quería?  
¿que haya un ejército Roma  
consumido en su conquista, [920]  
y que yo a enseñarles venga  
religión, trato y justicia,  
y la conveniencia suya  
se fabrique a costa mía?  
¡Deben de querer también [925]  
que les dé dinero encima!

MILENO.— Solo pretenden...

CAMILO.— Mileno,  
tener sabido podías  
que de réplicas no gusto;  
diles que junten aprisa [930]  
la cantidad que les pido  
para pagar las milicias,  
porque no haya trabacuentas  
con la que es forzoso pida  
después para el nuevo templo [935]  
que a Júpiter se dedica,  
que al tributo del Imperio  
daré espera.

MILENO.— ¿No imaginas  
que es imposible que cumplan  
tanto?

CAMILO.— No me contradigas, [940]  
que si de esta suavidad  
se quejan, viven mis iras,  
que aun las voces con que hablan,  
los alientos que respiran,  
haré también tributarios; [945]

y a las regiones vecinas,  
hasta sacar lo que pido,  
esclavos haré que sirvan.

MILENO.— Eso no harás.

CAMILO.— ¿Cómo no?

MILENO.— Como, si es que bien lo miras, [950]

el vendernos por esclavos  
fuera alivio en tal desdicha,  
pues que mudando de dueño  
pudieran nuestras fatigas  
encontrar otro que acaso  
se lastimase de oírlas.

[955]

*(Dice dentro Corcoba)*

CORCOBA.— Aquí, pues aquí te encuentro,  
pagarás tu alevosía.

*(Dice dentro Pasquín)*

PASQUÍN.— Ten, Corcoba.

*(Sale Corcoba tras de Pasquín y Lelio deteniéndole)*

CORCOBA.— ¿Qué es tener?

¡No te me has de escapar!

LELIO.— ¡Quita, [960]

villano!

CAMILO.— ¡Hola! ¿Qué es eso?

CORCOBA.— ¿Esto? Un garrote de encina,  
un brazo y una razón  
que deshace unas costillas.

CAMILO.— Mas, Pasquín...

PASQUÍN.— ¿Señor?

LELIO.— Aparta, [965]

y que estás delante mira  
del cónsul.

CAMILO.— ¿Qué ha sido eso?

CORCOBA.— No es nada, que el otro día  
cuando vino su mesté,<sup>17</sup>  
(mala rabia en su venida,  
que así nos trae aperreados)  
yo con mi mujer Taurina

[970]

estaba en paz en mi choza,  
y haciendo la perdidiza,<sup>18</sup>  
vino ese señor dragón, [975]

y mientras que le traía  
un jarro de agua, con ella  
cargó, y ni muerta ni viva  
la he podido descubrir.

Encuéntrole ahora acá arriba, [980]  
y ¡pardiez! alzo el garrote  
para sacudirle ansina<sup>19</sup>...

MILENO.— Ten, bárbaro.

CAMILO.— Pues ¿qué quieres?

CORCOBA.— El que dónde está me diga,  
y me la vuelva.

CAMILO.— Eso es justo. [985]

PASQUÍN.— Pues, señor, la verdad dicha,  
ella se escapó de mí.

CORCOBA.— Pues harto es, que mi Taurina  
es mansa como una vaca.

CAMILO.— ¿Y para eso, la osadía [990]  
tenéis de entrar de ese modo?

CORCOBA.— Él se entró, que yo venía  
tras de él y, si se aguardara  
que le diera una paliza  
allá fuera, no me entrara. [995]

MILENO.— Quien viene a pedir justicia  
trae la razón por portera,  
que le franquea propicia  
la puerta de cualquier Juez.

CAMILO.— ¡Eso es lo que no sabía! [1000]  
¿Conque os parece que es justo?

MILENO.— Dícelo la razón misma.

CAMILO.— Pues yo os juro hacer por él  
hasta que nada me pida.

¡Hola!

LELIO.— Señor.

CAMILO.— Haced luego... [1005]

CORCOBA.— De esta a mi dragón le pringa.<sup>20</sup>

CAMILO.— ¡...que ahorquen a ese villano!

CORCOBA.— ¿Este hombre está en su camisa?

MILENO.— ¿Qué decís?

CAMILO.— Que le llevéis.

LELIO.— ¡Venid al punto!

CORCOBA.— ¿Hay tal prisa? [1010]

¡Señores, que está borracho!

MILENO.— Advertid...

CAMILO.— Que es injusticia,  
diréis.

MILENO.— Pues ¿y no es verdad?

CAMILO.— No es, que si a estas niñerías

hubiera de dar oídos, [1015]

el tiempo me gastarían

estos bárbaros, y así

sabrán no gusto de oírlas.

CORCOBA.— Tiene Su Merced razón,

bien robada está Taurina, [1020]

y como a mí no me ahorquen,

vaya y venga cada día.

CAMILO.— ¿Veis como está satisfecho?

Idos luego; y vos, el día

que de su mujer supiereis, [1025]

volvédsele.

MILENO.— ¿Hay tiranía

como esta? Considerad...

CAMILO.— ¿Que aun sobre esto me replicas?

¡Hola!

LELIO.— Señor.

CAMILO.— Ya que a este

villano libráis la vida, [1030]

haced le den cien azotes.

PASQUÍN.— Venid corriendo.

CORCOBA.— ¿Hay tal prisa?

¡Señores, que está borracho!<sup>21</sup>

CAMILO.— Y advertid que a esto me obliga

la intercesión de Mileno. [1035]  
CORCOBA.— ¡Tal como ella sea su vida!  
¿Yo azotes?  
CAMILO.— Ea, llevadle.  
PASQUÍN.— Ven y verás a Taurina.  
CORCOBA.— ¡Ah, perro!  
(*Llévanle*)  
MILENO.— Ya el sufrimiento  
se apura, Camilo, a vista [1040]  
de esta sinrazón.  
CAMILO.— ¿Qué es esto?  
Si le ahorco, te fatigas;  
si le doy libre, te quejas;  
si le azoto, te lastimas:  
no sé cómo te contente. [1045]  
MILENO.— Haga burla tu malicia  
de ver que nuestra inocencia  
así a tu rigor se rinda.  
CAMILO.— No, sino que ya tenéis [1050]  
por costumbre introducida  
quejaros de los romanos  
y decir que os tiranizan  
las honras y las haciendas;  
y así, para reprimirla  
¡hola! haced que se eche un bando, [1055]  
en que, pena de la vida,  
a acusar ningún romano  
alguno tenga osadía.  
MILENO.— ¿Y qué importa que se quejen,  
si así habéis de hacer justicia? [1060]  
CAMILO.— Escusar la impertinencia  
de que vengan a pedirla,  
y hacer con esto también  
que con tal cuidado vivan,  
que no den a mis soldados [1065]  
motivo de demasías.  
MILENO.— ¿Y esas son las grandes leyes

romanas que nos decías?

CAMILO.— No son, porque de este freno  
allá no se necesita, [1070]  
y son, porque el imponerlas  
es ahora voluntad mía.

MILENO.— Es porque somos nosotros  
el blanco de vuestras iras.

CAMILO.— Pues si sois blanco, sufrid, [1075]  
que el blanco nunca replica,  
por más flechas que le tiren.

MILENO.— Pues sabed que al sol un día  
se quejó del arco el blanco [1080]  
que mil veces le rompía  
con flechas que le tiraba,  
siendo así que él no podía  
defenderse y ofenderlo.

Y el sol le dijo: "¿qué admiras?  
Paciencia, que ese es tu oficio, [1085]  
estar firme a recibirlas".

Pero en verdad, que una vez  
era el blanco donde tiran  
una piedra, y que la flecha,  
con la fuerza que iba a herirla, [1090]  
retrocedió hecha pedazos  
al rostro del que la envía.

Fue al sol también esta queja,  
y dijo: "Mire el que tira  
si el blanco es piedra o es tierra, [1095]  
que a él le basta en tal desdicha  
estar siempre con paciencia  
expuesto a la puntería".

CAMILO.— ¿Eso es decir?

MILENO.— Estas son [1100]  
caduqueces, como mías;  
mas ya que tan desgraciadas  
hoy han sido a vuestra vista  
las súplicas que os han hecho,

una quisiera, por mía,  
que me otorgaseis.

CAMILO.— Decid. [1105]

MILENO.— Que pues están suspendidas  
las bodas, por orden vuestra,  
de Alcidón y de mi hija,  
con el motivo de que  
se celebren más festivas [1110]  
con las galas que usa Roma,  
y esas tan introducidas  
están, que como contagio  
va cundiendo cada día,  
deis licencia...

CAMILO.— Bien está. [1115]

MILENO.— ...para que...

CAMILO.— Nada hay que digas.

Yo lo haré cuando convenga.

MILENO.— La conveniencia está vista,  
pues quieren él y ella, y yo  
soy el que lo solicita. [1120]

CAMILO.— Ya dije otra vez que nadie  
lo que mi voz determina  
dispute; ese casamiento  
en que insistís se hará el día  
que a mí me dé mucho gusto, [1125]  
y eso será si por dicha  
yo no dispongo otra cosa;

pues ni vos, ni vuestra hija,  
ni Alcidón, ni todos cuantos  
contiene la verde orilla [1130]  
del caudaloso Danubio  
y sus peñascos habitan,  
tienen más ley, más arbitrio

ni voluntad, que la mía,  
en quien su poder supremo [1135]  
el sacro Senado cifra,  
pues soy despótico dueño

de haciendas, honras y vida.

*(Vase)*

MILENO.— ¡Que esto sufra mi altivez!

¡Ah, infelice patria mía, [1140]

qué presto que experimentas  
en mis anuncios tus ruinas!

Mas pues ahora el oponerme  
a este tirano, sería

dar a su ambicioso fuego [1145]

materia con que a cenizas  
redujese nuestro aliento,

hágase desentendida

la honra y a buscar vamos  
en los riesgos que imagina

el alma pronto remedio, [1150]

y a donde todo peligra,

líbrese lo que se pueda,

que en semejante desdicha,

como se salve el honor, [1155]

mas que se pierda la vida.<sup>22</sup>

*(Vase. Salen cantando y bailando Dantea, Tirrena, Alcidón, Taurina y  
más hombres y mujeres)*

MÚSICA.— El día felice,

que alegres logramos

consagrar su templo

a Júpiter sacro; [1160]

todo sea júbilo,<sup>23</sup>

todo sea aplauso,

pues tiene el Danubio

en su simulacro,

por tutelar numen [1165]

al dios de los rayos:

Todo sea júbilo,

todo sea aplauso, etc.

TAURINA.— Pardiez, señora, que ya

lo cantado y lo bailado [1170]

lo sabemos lindamente,

y que cuando llegue el caso  
de festejar a este Dios  
que han traído los romanos,  
han de ver como aprendemos [1175]  
sus danzas y sus saraos.

ALCIDÓN.— Dice bien, bella Dantea,  
Taurina, y a queste rato  
basta de ensayar el baile,  
y no es bien que le perdamos [1180]  
sin fruto, cuando podemos  
más noblemente gastarlo  
hablando de nuestro amor.

DANTEA.— ¡Ay, Alcidón! que aunque tanto  
interesa el pecho en ello, [1185]  
no sé desde aquel infausto  
día en que a nuestras riberas  
llegaron estos romanos,  
qué nueva especie de pena,  
qué susto o qué sobresalto [1190]  
me oprime el pecho de modo  
que aun no permite el escaso,  
triste alivio de un suspiro,  
cuanto más, que salga al labio  
nuestro amor, en la noticia [1195]  
de las voces, que recato.

TIRRENA.— (*Aparte*) ¡Que esto escuche!

ALCIDÓN.— Ese temor  
y ese silencio es muy vano,  
cuando tan públicamente  
tu padre me ha destinado [1200]  
para tu esposo, pues solo  
pudo aquel bélico acaso  
del día que nuestras fuerzas  
sujetaron los romanos,  
dilatarlo,<sup>24</sup> no impedirlo. [1205]

DANTEA.— (*Aparte*) ¡Ay, si te dijera cuánto  
me cuesta desde ese día

de rigores y recatos  
la porfía de Camilo... !

TIRRENA.— Mi prima, Alcidón, ha dado [1210]

en tales melancolías,  
que se aumentan en hablando  
en esta materia; a otra  
podéis pasar . (*Aparte*) ¡Ah, tirano!

ALCIDÓN.— (*Aparte*) Tirrena de mí ofendida, [1215]

aunque su razón no alcanzo,  
se declara mucho.

TAURINA.— Ha dicho

Tirrena bien; discurremos  
sobre aquesta nueva moda  
de trajes que nos han dado,  
pues dan mucho que decir  
este moño y este rabo.

[1220]

ALCIDÓN.— Nada tiene que afligirte,  
pues presto verás logrados  
tus deseos y los míos.

[1225]

DANTEA.— Todo lo temo y lo aguardo.

TIRRENA.— Vuelve para divertirla  
al festejo que empezamos,  
Taurina.

TAURINA.— De buena gana,  
que de bailar no me canso.

[1230]

MÚSICA.— El día felice,  
que alegres logramos  
consagrar, etc.

(*Llaman dentro*)

ALCIDÓN.— ¡Tened! ¿No oís que a las puertas  
llaman?

TAURINA.— ¡Y con qué porrazos! [1235]

DANTEA.— Abre y ve quién es. ¡Oh, cielos!  
¿No sea Camilo, acaso?

MILENO.— Yo soy.

(*Sale Mileno*)

DANTEA.— Pues, señor, ¿qué es esto?

MILENO.— Eso debo preguntaros:  
¿qué músicas, qué festines [1240]  
son aquestos que he escuchado?

DANTEA.— ¿Qué es lo que dudas, si sabes  
que a nuestro cargo tomamos  
los públicos regocijos [1245]  
para el día señalado  
en que el templo se dedique  
a Júpiter, con que estamos  
ensayando y aprendiendo  
los compases y los lazos?

MILENO.— ¿Y eso aprendéis?

TIRRENA.— ¿Qué te admira, [1250]  
si es forzoso conformarnos  
con el tiempo y adular  
en todo a nuestros contrarios?

TAURINA.— Sí, señor, que es linda moda [1255]  
esto de brincos y saltos.  
Oiga y verá la canción.

MILENO.— Calla, calla...

TAURINA.— Ya callamos.

MILENO.— ...que para oír vuestras locuras<sup>25</sup>  
no vienen mis sobresaltos.  
Dantea, Alcidón, Tirrena. [1260]  
(Sale Corcoba)

CORCOBA.— ¡Afuera, viles tiranos,  
que pasan ya de los ciento!

MILENO.— ¿Qué es esto?

CORCOBA.— Yo, que me he entrado.

ALCIDÓN.— ¿Qué traes?

CORCOBA.— ¡Pese a mi linaje!  
Dos tomates colorados, [1265]  
dos madroños. ¡Ay, ay, ay!

TAURINA.— ¿Marido?

CORCOBA.— Mas ¿aquí te hallo,  
buena alhaja?

TAURINA.— Pues ¿cuánto ha?<sup>26</sup>

CORCOBA.— ¿Y el dragón?

TAURINA.— De cuatro trancos  
le dejé...

CORCOBA.— ¿O él te dejó? [1270]

TAURINA.— ...y vine en cas de<sup>27</sup> mi amo.

CORCOBA.— Pues ya vio el señor Mileno,  
que porque iba pescudando<sup>28</sup>  
por mi mujer, cien azotes  
me mandó dar el malvado [1275]  
de Camilo y el dragón  
me los asentó de plano;  
¡Ay, ay!

ALCIDÓN.— ¡Que aquesto se sufra!

MILENO.— Para esto os vengo buscando;  
pero esas puertas primero [1280]  
cerrad bien.

TAURINA.— Ya está cerrado.

MILENO.— Dantea, Alcidón, Taurina,  
ya esto se va declarando;  
ya aquesta preñada nube [1285]  
se rompe en ardientes rayos;

ya aqueste fogoso bruto,  
en la carrera empeñado,  
se desboca, y precipita;  
y por decirlo más claro, [1290]

ya estos enemigos nuestros  
la máscara se han quitado,  
con que hasta aquí a nuestra ruina  
buscaban pretextos varios.

Ahora, pidiendo a Camilo  
licencia para casaros, [1295]

no solo la niega, pero<sup>29</sup>  
responde con tan extraño  
modo, que me hace temer...  
mas el juicio suspendamos, [1300]  
y de lo poco que digo  
inferiréis lo que callo.

Hijos, nuestro honor vacila,  
acudamos al reparo,  
y si oponerse no pueden  
iguales fuerzas, huyamos: [1305]  
provincias tiene la Europa,  
donde en seguro descanso  
podemos...

ALCIDÓN.— Señor, no tienes  
que decir, suspende el llanto,  
que todo cuanto propones, [1310]  
ya yo lo tengo pensado,  
pero callaba hasta estar  
más cierto de mis agravios.  
Dantea, ¿te atreverás?

DANTEA.— Sí, Alcidón, a todo cuanto [1315]  
propusieres, que no es menos,  
ni mi amor, ni mi recato.

ALCIDÓN.— ¿Tú, Tirrena?

TIRRENA.— ¿Dónde puedes  
ir, que no siga tus pasos?

ALCIDÓN.— Pues, Corcoba, ya que el sol [1320]  
va declinando al ocaso,  
baja a la helada ribera  
del Albis<sup>30</sup> y ten un barco  
prevenido.

CORCOBA.— A eso iré yo [1325]  
más ligero que diez gamos,  
porque los ciento me sirven  
de espuela para dar saltos.

TAURINA.— Adiós músicas, adiós  
bailes; pero ¿no llamaron?

DANTEA.— ¿Quién podrá ser?  
(*Llaman*)

MILENO.— Sea quien fuere, [1330]  
abrid.

(*Salen los romanos*)

CAMILO.— ¿Cómo tardáis tanto

en franquearme esas puertas,  
cuando yo soy el que llamo?

DANTEA.— Como<sup>31</sup> creer no podía  
tanta honra, favor tanto. [1335]

¿Esta casa y a estas horas?

CAMILO.— Yo siempre procuro honraros,  
sin que para ello hora  
ni tiempo haya señalado,  
más que cuando me da gusto. [1340]

PASQUÍN.— Los señores son muy llanos.

CAMILO.— Y vos, Alcidón, ¿qué hacéis  
aquí?

ALCIDÓN.— Lo que veis, hablando  
con Dantea y con Tirrena.

MILENO.— Pues ¿en mi casa es milagro  
que esté Alcidón, si es mi yerno? [1345]

CAMILO.— Aún no se han dado las manos,  
y las matronas romanas  
se portan con más recato.

ALCIDÓN.— Dantea puede enseñar... [1350]

MILENO.— ¡Calla, Alcidón!

ALCIDÓN.— Ya yo callo.

LELIO.— Aún tienen mucha soberbia.

CAMILO.— Ya yo se la iré domando.

PASQUÍN.— ¿Qué hay, amigo?

CAMILO.— ¿Acá estáis vos?

CORCOBA.— Y con mi carta de pago  
de los ciento recibidos.<sup>32</sup> [1355]

CAMILO.— Cuando queráis otros tantos,  
acudid.

PASQUÍN.— Y estas libranzas  
las pago yo de contado.

CAMILO.— ¿Y es aquesta la villana? [1360]

PASQUÍN.— Sí, señor.

CAMILO.— Ahora te alabo  
el gusto, que es muy graciosa.

ALCIDÓN.— (*Aparte*) ¿Esto oímos, y callamos?

MILENO.— Sí, que no es tiempo.

CAMILO.— Y en fin,  
¿qué hacíais, que he reparado [1365]  
en que tenéis instrumentos?

DANTEA.— Estábamos ensayando  
para la celebridad  
de Júpiter un sarao.

CAMILO.— Pues proseguid, ya que yo [1370]  
a tan buen tiempo he llegado.

TIRRENA.— Señor, aún no estamos diestras.

CAMILO.— No importa.

DANTEA.— Reparad...

CAMILO.— Vamos,  
que en vos será primor todo.

MILENO.— ¿Qué lo estáis dificultando? [1375]  
Haced lo que manda el cónsul.

DANTEA.— Si ha de ser, id empezando.

MÚSICA.— El día felice, etc.

CAMILO.— Tened, que bien se conoce [1380]  
que no estáis ejercitados  
como ha de ser.

DANTEA.— ¿No os lo dije?

CAMILO.— Mas ya que aquí nos hallamos,  
el aire os enseñaremos;  
vosotros, pues, apartaos.

ALCIDÓN.— Pues ¿cómo hemos de aprender [1385]  
nosotros?

CAMILO.— Viendo y callando.

MILENO.— Dice muy bien.

DANTEA.— ¡Ay de mí,  
que este es riesgo no excusado!

*(Danzan los romanos con las damas, y al darse las manos, sin  
soltarlas, representan mientras canta la Música)*

MÚSICA.— El día felice, etc.

CAMILO.— Hermosísima Dantea... [1390]

LELIO.— De amor divino milagro...

PASQUÍN.— Serranita de mis ojos...

CAMILO.— ¡...yo te adoro!

LELIO.— ¡...yo te amo!

CAMILO.— Por ti...

TIRRENA Y DANTEA.— ¿Qué es esto? ¡Soltad!

CAMILO.— Una ocasión que en mis brazos  
te logro, no he de perderla. [1395]

*(Métese en medio Alcidón)*

ALCIDÓN.— ¡Ya es infamia el sufrir tanto!  
¡Apartad!

CAMILO.— ¿Cómo, Alcidón,  
tú conmigo tan osado?

MILENO.— Porque ahora tiene razón,  
si hasta aquí le fui a la mano.<sup>33</sup> [1400]

A mi casa y a mis ojos  
venís vos tan deslumbrado,<sup>34</sup>

¿y queréis que os esté siempre  
la prudencia contemplando? [1405]

CAMILO.— Estos son lazos precisos  
del baile.

ALCIDÓN.— Acá no gastamos  
los primores que enseñáis,  
porque semejantes lazos  
a romper estamos hechos. [1410]

CAMILO.— Yo en humanarme y honraros  
veo que tengo la culpa.

ALCIDÓN.— Aquí no os hemos llamado.

MILENO.— Y a mi casa estas visitas  
podéis excusar.

CAMILO.— Villanos, [1415]  
ya se apura el sufrimiento,  
y pues mi benigno trato

hace que vuestra soberbia  
olvide que sois esclavos,  
idos de aquí luego al punto. [1420]

ALCIDÓN.— ¿Irnos y dejarte?

CORCOBA.— ¡Malo!

CAMILO.— Pues ¿y quién lo ha de estorbar?

MILENO.— ¡Señor, Alcidón, templaos!  
¿qué es esto?

*(Métese en medio)*

CAMILO.— Caduco viejo,  
¿tú me embarazas el paso? [1425]

MILENO.— Yo, señor, que no es razón  
que profanéis el sagrado  
de mi casa y de mi honor.

CAMILO.— ¿Qué honor ni casa os ultrajo?  
¿Vosotros tenéis más honra,  
que la que yo os estoy dando? [1430]

¿No tenéis a mucha dicha  
que yo venga a visitaros,  
el que Dantea me guste,  
el que le tome una mano? [1435]

Y para que lo veáis,  
luego al punto se eche un bando  
en que, pena de la vida,  
ningún bárbaro sea osado,  
en público ni en secreto, [1440]  
a tener armas. Veamos,  
pues beneficios no bastan,  
si os reduzco con agravios.

CORCOBA.— ¿Qué va que estos, como yo,  
otros ciento andan buscando? [1445]

CAMILO.— Lelio, quítales las armas.

ALCIDÓN.— ¿Las armas?

CAMILO.— Sí, yo lo mando.

ALCIDÓN.— Eso será de este modo,  
*(Saca la espada, y todos, y éntanse riñendo)*  
que ya no queda reparo,  
donde hay honor, en la vida.<sup>35</sup> [1450]

CAMILO.— ¿Cómo, atrevido? ¡Soldados,  
mueran!

ALCIDÓN.— ¡Amigos, aquí!

MILENO.— Ahora no os embarazo.

CAMILO.— ¿Qué has de embarazar, si así

pondrás en mis pies los labios? [1455]  
*(Échale en el suelo)*

MILENO.— ¡Hijos, amigos!

CAMILO.— No hay nadie  
que te libre de mis manos.

*(Vale a dar con la espada y atraviésase Dantea)*

DANTEA.— ¡No le mates!

CAMILO.— Solo tú  
puedes suspenderme airado.  
¡Huye, caduco!

MILENO.— Sí haré, [1460]  
de ti huiré, pero esperando  
que, si hay en Roma justicia,  
tú llorarás este agravio.

*(Dentro)*

ALCIDÓN.— ¡A ellos!  
*(Vase Mileno)*

*(Dentro)*

LELIO.— ¡Mueran!

CAMILO.— No dejéis  
con vida a ningún villano. [1465]

*(A Dantea) No os aflijáis, luego vuelvo. (Vase)*

DANTEA.— A favorecer salgamos  
a Alcidón. *(Vase)*

TIRRENA.— ¿Qué es esto, cielos?

TAURINA.— ¡Hermoso fin de sarao! *(Vase)*

*(Cajas y clarines, y con esta aclamación, corriéndose la cortina, se descubre Marco Aurelio en un trono, coronado, y a sus lados dos senadores, y salen algunos romanos al tablado)*

SOLDADO 1.— ¡Marco Aurelio viva!

SOLDADO 2.— ¡Viva [1470]  
nuestro augusto emperador!

SOLDADO 3.— ¡Viva, y el sagrado honor  
del sacro laurel reciba!

SENADOR 1.— Hoy el Senado romano  
te reconoce, señor, [1475]  
por supremo sucesor  
del emperador Trajano.

SENADOR 2.— Y en felices parabienes  
de tus ínclitas victorias,  
ciñe con eternas glorias [1480]  
de esa diadema tus sienes.

MARCO AURELIO.— Yo recibo honor igual  
con el aprecio debido,  
y [al] no haberle merecido,<sup>36</sup>  
reconozco en acción tal [1485]  
con qué generosa mano  
sabe premiar los afanes  
de sus nobles capitanes  
Senado y pueblo romano;  
y si hasta el Albis undoso [1490]  
sus aguilas tremolé,  
presto a ambos polos haré  
llegar su vuelo glorioso.

TODOS.— ¡Viva Marco Aurelio!

SENADOR 1.— Pero [1495]  
¿qué nuevo bruto feroz  
sobre un caballo veloz  
va atropellando ligero  
el vulgo, que se amedrenta  
al verle y no le detiene?

SENADOR 2.— Hacia el Capitolio viene. [1500]

SENADOR 1.— Ya llega.

MARCO AURELIO.— Veamos qué intenta.

*(Sale Mileno por el patio en un caballo en pelo)*<sup>37</sup>

MILENO.— ¡Salve, patria de los reyes!  
¡Salve, archivo de la ciencia,  
Senado, cuya prudencia  
al mundo da justas leyes! [1505]

MARCO AURELIO.— Hombre o bruto que admiramos  
¿qué quieres?

MILENO.— Que a mis razones  
cedáis las admiraciones.

MARCO AURELIO.— Prosigue, que ya escuchamos.

MILENO.— Padres conscriptos, Senado [1510]

venturoso, a quien el mundo  
reconoce vasallaje  
como poder absoluto:

Yo, Mileno, natural [1515]

de la orilla del Danubio,  
con la obediencia que debo,  
os reverencio y saludo.

Permitiéndolo los hados [1520]

por sus secretos influjos,  
y los dioses juntamente,  
en ninguna cosa injustos,

los capitanes de Roma, [1525]

más venturosos que muchos,  
sujetaron la Germania  
al sacro latino yugo.

Entregámonos humildes,  
quizá porque pintar supo  
su astucia, en falsa apariencia,  
que era nuestra ruina triunfo.

Que éramos —nos ponderaron— [1530]

hombres, pero tan incultos,  
que a lo humano desmentían  
trato y comercio de brutos;

que uniéndonos con vosotros, [1535]

gozaríamos seguros  
de cuantas tranquilidades  
felicidad llama el vulgo;

que en vuestras galas y telas [1540]

trocaríamos el uso

de desaliñadas pieles;

que sabríamos el culto

de vuestros dioses; y en fin,

de glorias tanto conjunto

en nuestras fiestas y bailes,  
que la juventud del vulgo [1545]  
–sin que el áspid advirtiese  
que estaba en la flor oculto,  
y aunque mi cana experiencia  
a la vista se lo puso –  
admitió vuestra propuesta, [1550]  
rindió el cuello, y luego al punto  
Camilo se juró cónsul,  
cuyo poder absoluto  
con tantos prometimientos  
juró no cumplir ninguno;<sup>38</sup> [1555]  
pues apenas Marco Aurelio,  
a quien por testigo busco  
de esta verdad, volvió a Roma,  
cuando Camilo, perjuro,  
se ostentó tirano, haciendo [1560]  
ley universal su gusto.  
Todas aquellas delicias  
que supo pintar astuto,  
aun sin esplendor de llama,  
se redujeron en humo. [1565]  
¿Sabéis qué han hecho, romanos,  
vuestro cónsul y tribunos?  
En lugar de gobernarnos,  
todo es violencias, insultos.  
Mujeres, vidas y haciendas, [1570]  
nos dicen que todo es suyo,  
y aun con quitarnos las honras,  
nos mandan que estemos mudos.  
Si son estas vuestras leyes,  
si es este el gobierno sumo [1575]  
que tanto alabáis, más vale  
–pues que todos somos unos,  
y para ser sus esclavos  
mayor derecho no tuvo  
Roma, que ella a serlo nuestra – [1580]

que en un desorden confuso  
todos a conquistar vamos,<sup>39</sup>  
y a robar por ese mundo,  
pues por experiencia vemos  
en vuestro infeliz abuso, [1585]  
que mata, roba y ofende  
según puede cada uno.  
Bárbaros decís que somos,  
pero por los dioses juro  
que, mejor que vuestra ciencia, [1590]  
da nuestra ignorancia el fruto.  
Pues si a las obras se atiende,  
yo veo que todos juntos  
aborrecéis la soberbia,  
y no hay humilde ninguno; [1595]  
todos la templanza alaban,  
y todos sois epicuros;  
con castigo de las leyes  
todos infaman los hurtos  
y todos toman los bienes [1600]  
ajenos por propios suyos;  
con la lengua solamente  
en las virtudes de justos  
queréis blasonar, y todos  
ponéis en el vicio estudio. [1605]  
Si es vuestra sabiduría  
esta, si en aquestos puntos  
vuestra política estriba,  
bien decís que somos brutos,  
pues desórdenes tan feos [1610]  
allá ninguno los supo;  
qué es lo que queréis, decid,  
después de tantos insultos,  
de nosotros y no hagáis  
que más estemos confusos. [1615]  
Si lo hacéis por nuestros hijos,  
cargadlos de hierro duro

y tomadlos por esclavos,  
que, a lo que en esto yo arguyo,  
de grillos y de cadenas [1620]  
no podrá el más cruel verdugo  
cargarlos más que lo que  
sufran sus miembros robustos;  
pero de vuestra codicia  
al desordenado impulso, [1625]  
ya no pueden con el peso  
de pechos<sup>40</sup> y de tributos.  
Si lo hacéis por nuestra hacienda,  
¿para qué es a cada punto  
quitar lo que de una vez [1630]  
daremos todos con gusto?  
Si teméis que nuestra tierra,  
por no ver males tan sumos,  
se levante contra Roma,  
que estáis engañados juzgo, [1635]  
porque según la tenéis  
debajo de vuestro yugo  
robada y aniquilada,  
dadme vosotros seguro  
de que ella no se despueble, [1640]  
que yo dárosle presumo  
de que levantarse pueda;  
y en fin, con lo que concluyo,  
si nuestras serviles vidas  
os dan acaso disgusto, [1645]  
poned fuego a la Germania,  
porque llegue a Roma el humo.  
Grande, romanos, ha sido  
vuestra fama, por los triunfos  
que habéis dado a vuestra patria [1650]  
sujetando el orbe junto;  
mas si los historiadores  
escriben verdad, presumo  
que será más vuestra infamia

para los siglos futuros, [1655]  
por las crueldades notables  
que contra todo estatuto  
natural han cometido  
vuestros aceros desnudos.  
Pues atended lo que os digo: [1660]  
que o se ha de parar el curso  
de la fortuna voltaria  
o se ha de acabar el mundo;  
o lo que en seiscientos años  
habéis ganado con sumo [1665]  
trabajo, habéis de perder  
en espacio de seis lustros;  
pues no penséis que si acaso  
sujetasteis nuestro orgullo,  
fue por ser más valerosos, [1670]  
más osados, más astutos,  
sino porque quizá entonces  
nuestra infeliz patria tuvo  
al sacro Apolo ofendido,  
y en sus secretos influjos, [1675]  
vuestros inhumanos pechos  
para azote nos condujo;  
pues no os dieron la victoria  
los dardos, lanzas y escudos  
que trajisteis a la guerra, [1680]  
sino nuestros vicios muchos.  
Con que si en esta razón  
queréis parar el discurso  
¿qué esperáis? ¿Qué de vosotros  
será, si los dioses justos [1685]  
nuestros gemidos atienden  
y miran vuestros insultos?  
¿Queréis ver en el estrecho  
que vuestra crueldad nos puso?  
Pues juramento a los dioses [1690]  
hemos hecho todos juntos

de dejar nuestras mujeres  
y matar los hijos suyos,  
porque no quieren dejar  
con la miseria, difuntos [1695]

los padres, su amada sangre  
en manos de sus verdugos.  
El más humilde de todos  
soy, a quien fortuna puso [1700]

por trofeo de sus plantas  
entre todos los del mundo;  
para vivir en la tierra  
hago con la reja surcos,  
tal vez pesco, y tal las mieses  
siego en el ardiente julio. [1705]

El tierno amor de mi patria  
a decir esto me trujo  
a vuestro Senado. Ahora  
dad el remedio que busco,  
si os preciáis de justiciero; [1710]

o si os he dado disgustos  
diciendo tantas verdades,  
yo mesmo ofrezco desnudo  
el cuello, midiendo el suelo,  
que solo fama procuro. [1715]

*(Échase en tierra)*

SENADOR 1.— ¡Qué discreción!

SENADOR 2.— ¡Qué osadía!

MARCO AURELIO.— ¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?

Cuando te vi entrar, villano,  
pensé que eras algún bruto,  
y después que te he escuchado, [1720]  
que eres algún dios presumo;  
levántate de la tierra,

*(Levántase Mileno)*

que de mármol y oro puro  
mereces que te levante  
mil estatuas el Danubio. [1725]

Yo soy Marco Aurelio, a quien  
por testigo tu voz puso  
de tu verdad. Ya me hallas  
con el dominio absoluto  
del Imperio y ya verás [1730]  
si oigo lamentos tan justos.

Padre de tu patria has sido,  
y por ti, nuevo Mercurio<sup>41</sup>  
de sus quejas, ha de verse  
en estado más seguro. [1735]

La oración que nos has hecho  
en el Capitolio augusto  
se pondrá para memoria  
y de Roma serás uno  
de sus honrados patricios [1740]  
y que te sustente gusto  
para siempre de su erario.

Dame ahora los brazos tuyos,  
que eres monstruo<sup>42</sup> de Germania,  
y eres asombro del mundo. [1745]

MILENO.— Deja que bese tus plantas;  
mas mira, César Augusto,  
que si yo he venido a Roma,  
no es porque esas honras busco,  
sino a defender mi patria, [1750]

a que sepas los abusos  
de los jueces que dejaste,  
a que enmiendes sus insultos  
y a que aquella heroica fama  
que adquiere por todo el mundo [1755]

Roma, no dejes que así  
se obscurezca en el Danubio;  
y en fin, justicia te pido  
por mi honor y por el tuyo;  
y como aquesto consiga, [1760]  
¿qué mas gloria? ¿qué mas triunfo?

MARCO AURELIO.— Cuando administrar justicia

no fuera aquel timbre sumo  
que hará inmortal mi memoria,  
por los sacros dioses juro [1765]  
que por ti mire el Senado  
tu propio honor como suyo.

MILENO.— Vine en esa confianza.

MARCO AURELIO.— Yo tengo a feliz anuncio  
el día que me coronó,  
en un engaste tan rudo [1770]  
hallar el mejor diamante,  
o el más luciente carbunco;  
y para enseñarte a Roma  
por un hombre sin segundo, [1775]  
quiero que a mi lado vayas  
con todo el Senado junto.

MILENO.— Engrandeces mi humildad.

MARCO AURELIO.— Honrar tu valor procuro.

SENADOR 1.— ¡Marco Aurelio viva!

TODOS.— ¡Viva [1780]  
nuestro emperador augusto!

## JORNADA TERCERA.

*(Salen Dantea y Taurina)*

DANTEA.— Ten, Taurina, con la puerta  
gran cuidado.

TAURINA.— Sí, señora.

DANTEA.— Mira que de ti me fío.

TAURINA.— Ya sabes que estoy de posta [1785]  
siempre que lo mandas.

DANTEA.— Pues  
con ese seguro, ahora  
puedo ya abrir. ¡Alcidón!

*(Sale Alcidón)*

ALCIDÓN.— Ya salgo, Dantea hermosa, [1790]  
a renovar en tus brazos,  
amante Fénix, la corta  
vida infelice que el hado  
me dejó para congojas,  
el día que de Camilo...

DANTEA.— No traigas a la memoria [1795]  
ni aun, de ese tirano, el nombre,  
pues que sus iras celosas  
por muerto desde aquel día  
te tienen, y de esa forma  
pude, encubierto en mi casa, [1800]  
curarte las peligrosas  
heridas, de que aún no bien  
convalecido te notas.

Mayor cuidado me causa, [1805]  
el que desde aquella hora  
no he vuelto a ver a mi padre.

ALCIDÓN.— Vanos recelos te asombran:  
no es tan cortés la crueldad  
que en estos tiranos obra

que su muerte te encubrieran [1810]  
por piedad o por lisonja;

pues aun las viles acciones,  
que al nombrarlas se sonroja  
la modestia, en nuestro oprobio  
ostentan con vanagloria. [1815]

Mayor causa en la prudencia  
de tu padre le ocasiona,  
como a mí, vivir oculto. (*Llaman*)  
Pero a la puerta...

TAURINA.— Señora,  
¿no oyes llamar?

DANTEA.— Alcidón, [1820]  
vuelve a ocultarte.

ALCIDÓN.— Es forzosa  
esclavitud. (*Éntrase*)

DANTEA.— Ve quién es.  
(*Dentro Corcoba*)

CORCOBA.— Abran aquí a una Corcoba,  
que viene danzando corbos,  
corbetas y cabriolas. [1825]  
(*Salen corriendo Corcoba y Tirrena*)

DANTEA.— ¡Pero Tirrena!

TIRRENA.— ¡Ay de mí!  
Cierra, cierra presurosa  
esa puerta.

DANTEA.— ¿Qué es aquesto?

TIRRENA.— ¡Mi propio aliento me ahoga! [1830]  
Lelio, ese vil capitán

de las escuadras de Roma,  
que a imitación de Camilo  
todo es intentar deshonras,  
en el campo esta mañana  
me encontró, y con licenciosa [1835]  
osadía, no pudiendo  
sacar ni la menor sombra  
de esperanza en mi recato

a sus persuaciones locas,  
violentemente me hizo [1840]  
conducir con una tropa  
de soldados a su casa;  
y al tiempo que las aromas  
de un agradable jardín  
quiso hacer florida alfombra, [1845]  
si no trágico teatro,  
de la escena lastimosa  
de mi deshonor, Camilo  
llegó en su busca, y a solas  
se apartaron a tratar [1850]  
las materias que le importan;  
y yo, advirtiéndome libre,  
me descubrió la ingeniosa  
necesidad un postigo,  
a quien leve impulso sobra [1855]  
para franquearme salida,  
donde encontrando a Corcoba,  
hasta tu casa he venido  
a valerme, aun temerosa  
de que me siga el aleve [1860]  
cuando mi fuga conozca.

CORCOBA.— ¿Y yo, que ya otros doscientos,  
si sabe que fui tu escolta,  
me pican, qué temeré?

DANTEA.— Sosiega, Tirrena, ahora, [1865]  
que entre tanto que averigüe  
dónde ocultas tu persona,  
nos dará el Cielo remedio.

TIRRENA.— ¿Cómo está su piedad sorda  
a vista de tanta ruina [1870]  
como el honor nuestro llora?

DANTEA.— Quizás en su sufrimiento  
más su justicia acrisola.<sup>43</sup>

CORCOBA.— Si al llevarse mi mujer  
donde al otro se le antoja, [1875]

y porque voy a pedirla  
ponerme hecho una amapola,  
calla el Cielo, ¿para cuándo  
son los rayos?

TAURINA.— ¡Buenas cosas!

Ahora se pusiera el Cielo  
a oír cuentos de Corcobas.

[1880]

*(Dentro Camilo)*

CAMILO.— Echad abajo esas puertas,  
puesto que no hay quien responda,  
y muera quien lo defienda.

DANTEA.— Mas ¿quién mi casa alborota?

[1885]

TAURINA.— ¡Ay, señora, que es Camilo!

CORCOBA.— Y con él la jarcia toda  
de romanos.

TIRRENA.— ¡Muerta estoy!

DANTEA.— Preciso es el que te escondas.

TIRRENA.— ¡Doleos, cielos, de mis ansias!

[1890]

*(Éntranse)*

CORCOBA.— ¡Quién se convirtiera en mona!

DANTEA.— Abre tú.

*(Salen Camilo, Lelio y soldados)*

CAMILO.— Quedad vosotros  
en esa puerta de posta.

DANTEA.— Señor ¿vos así en mi casa?

¿Qué defensa os ocasiona  
a aquesta demostración?

[1895]

¡No visitan de esta forma  
los caballeros las damas!

¿Pues quién la puerta os estorba?

CAMILO.— Nadie, porque yo no sufro,

[1900]

que ni aun el cielo se ponga  
en defensa: de mí tiemblan  
las luces de sus antorchas.

¿Quieres que a lo cortesano,  
con aplauso y ceremonia  
venga a verte, y te lo avise,

[1905]

y aguarde a que me respondas?  
¡Bueno era para mi humor!  
Bastan las vanas lisonjas  
que he gastado, ya que tú [1910]  
hasta aquí has estado sorda;  
pero ya vengo resuelto,  
pues no hay excusas que pongas,  
muerto Alcidón, a que seas  
mía de qualquiera forma. [1915]

DANTEA.— Señor, advierte...

CAMILO.— No tienes  
qué decir, pues no hay quien oiga.  
Pero antes de todo, dime,  
¿adónde se ha entrado esotra  
parienta tuya, Tirrena? [1920]

DANTEA.— Yo no la he visto.

CORCOBA.— (*Aparte*) ¡Aquí es Troya!

CAMILO.— ¡Bueno es eso! ¡Y a tu casa  
se ha venido huyendo ahora  
de la de Lelio! ¿No es cierto?

LELIO.— En mi jardín quedó sola [1925]  
cuando entraste<sup>44</sup> a buscarme,  
y quien lo ha visto me informa  
que salió por el postigo  
y que en esta casa propia<sup>45</sup>  
ha entrado.

CAMILO.— No hay que dudarlo. [1930]

DANTEA.— Señor...

CAMILO.— Niégalo, ¿qué importa? (Dice a Taurina)  
¡Ven acá! ¿Dónde se esconde?  
Y mira que si me enojas  
mintiéndome...

CORCOBA.— Si otros ciento [1935]  
le pega, será gran cosa.

TAURINA.— Señor, yo no he visto nada,  
que de fuera acabo ahora  
de entrar.

CAMILO.— Bien está; y tú, dime,  
¿lo sabes?

CORCOBA.— Señor, perdona,  
que aquella vapulación [1940]  
tanto la vista me acorta,  
que no veo de aquí a allí  
mujer ajena ni propia.

CAMILO.— Harto me decís y yo  
lo veré por todos. ¡Hola! [1945]  
*(Salen los soldados)*

SOLDADOS.— Señor.

CAMILO.— ¡Registrad la casa!

DANTEA.— ¿Pues cómo, señor, te arrojas  
a allanar de aqueste modo  
inmidades que gozan [1950]  
estas paredes; y más  
por una causa tan corta,  
y no digo tan injusta?

CAMILO.— Porque ya tú me ocasionas,  
pues lo atento no te obliga,  
a que me valga de toda [1955]  
la autoridad del poder  
que no habéis visto hasta ahora.

DANTEA.— Mira...

CAMILO.— No os detenga nada.  
Entra, Lelio, pues te toca  
a ti aquesta diligencia, [1960]  
y todo se reconozca.

LELIO.— Así lo ejecutaré.  
*(Éntrase)*

DANTEA.— ¿Faltan, cielos, más congojas?  
*(Aparte)* Taurina, avisa a Alcídón  
que con diligencia pronta [1965]  
huya, aunque arroje...

TAURINA.— Ya  
lo entiendo todo, señora.

CAMILO.— ¿Dónde vas tú?

TAURINA.— A aderezar  
la casa.

CAMILO.— ¡Espera!

CORCOBA.— (*Aparte*) Embargola.  
(*Sale Tirrena huyendo de Lelio*)

TIRRENA.— ¡Valedme, Cielos!

LELIO.— ¡Suspende [1970]  
el paso, Tirrena hermosa!  
¡No el adorarte te ofenda!  
(*Sale Alcidón retirándose de los soldados*)

SOLDADOS.— Date a prisión.

ALCIDÓN.— No se postra  
así el pecho, aunque las fuerzas  
al valor no correspondan. [1975]

CAMILO.— ¿Qué es lo que veo? Pues ¿cómo?  
¿vivo tú, y de aquesta forma  
en la casa de Dantea?

CORCOBA.— Descubriose la tramoya.

DANTEA.— ¡No respiro!

ALCIDÓN.— Como el cielo [1980]  
esta vida que te enoja  
guarda, quizá para ruina  
de la tuya.

CORCOBA.— ¡Brava ronca!

CAMILO.— Pues yo hubiera dado albricias  
a saberlo antes de ahora, [1985]  
para volverte a quitar  
vida que es tan enfadosa.

ALCIDÓN.— Prueba a lograrlo.

CAMILO.— Es tan fácil  
que la experiencia me sobra,  
mas quitártela no intento, [1990]  
que fuera hacerte lisonja  
el pagar tantas ofensas  
con una muerte tan sola;  
y pues para más castigo  
guardar tu vida me importa, [1995]

prendedle.

ALCIDÓN.— No hay quien se atreva.

LELIO.— Mal contra tantos blasonas.

*(Riñe con los soldados y abrázanse con él y le sujetan)*

ALCIDÓN.— ¡Pese a las débiles fuerzas,  
que al tiempo que más me importan  
me desamparan! ¡Matadme!

[2000]

CAMILO.— Dicha te fuera, y no poca,  
por no ver lo que te espera.

DANTEA.— ¿Cómo el llanto no me ahoga?

CAMILO.— Aprisionadle las manos.

CORCOBA.— ¿Mas que<sup>46</sup> otros ciento le emboca?<sup>47</sup>

[2005]

CAMILO.— Tú, Lelio, lleva a Dantea  
y a Tirrena con escolta  
a mi casa, y a Alcidón  
llevad de la misma forma,  
porque quiero que a su vista  
se venzan las desdeñosas  
esquiveces con que intentan  
encarecernos sus honras  
estas damas.

[2010]

DANTEA.— Reparad....

CAMILO.— Quien me replica, me enoja.

[2015]

DANTEA.— Licencia te ha dado el cielo  
de que en mi vida dispongas,  
no en mi honor, que lo defiende  
mi voluntad animosa.

TIRRENA.— Mi muerte verás primero,  
Lelio, que no mi deshonra:  
no temo, no, tus crueldades,  
que yo me asisto a mí propia.

[2020]

ALCIDÓN.— ¡Dioses, aquesto sufrís!

CORCOBA.— ¡Qué falta, Taurina, ahora  
te hace Pasquín!

[2025]

TAURINA.— Es verdad,  
nadie de mí hace memoria.

DANTEA.— ¡Escuchad, señor, primero!

*(Arrodillase Dantea)*

TIRRENA.— ¡Vuestra nobleza nos oiga!

CAMILO.— ¡Apartad! ¿Qué os detenéis? [2030]

¡Llevadlas!

LELIO.— Venid, señora.

DANTEA.— ¡Valedme, cielos!

CAMILO.— ¿Qué cielos?

¿Cómo quieres que te oigan  
si están tan lejos? ¿Mas qué

*(Cajas dentro a marcha)*

confuso rumor de trompas [2035]

y cajas, sin orden mía,

nuestro sosiego alborota?

*(Sale Pasquín)*

PASQUÍN.— Señor, legiones romanas

—y con marcha presurosa—

vienen llegando.

CAMILO.— ¿Qué dices? [2040]

PASQUÍN.— Que las águilas gloriosas

romanas, a cuyo vuelo

no hay provincia que se esconda,

lo publican en el aire.

ALCIDÓN.— ¿Qué oigo?

TIRRENA.— ¿Qué escucho?

DANTEA.— ¡Oh, piadosas [2045]

deidades!

TAURINA.— En nuestro amparo

sin duda vienen, señora.

PASQUÍN.— Dicen que otro nuevo cónsul

con ellas envía Roma

a estas riberas.

CAMILO.— ¿Qué es esto? [2050]

LELIO.— ¡Gran novedad lo ocasiona!<sup>48</sup>

CAMILO.— Sin duda se ha rebelado

Egipto, o otra remota

provincia, y quiere el Senado,

que mi diestra valerosa [2055]

vaya a sujetarla.

LELIO.— Es cierto.

CORCOBA.— (*Aparte*) Como llueven alcachofas.

DANTEA.— Ya parece que respiro.

ALCIDÓN.— Nuevo espíritu me informa.

CAMILO.— Parece que esta noticia [2060]

serena vuestras congojas,

porque juzgáis que en venir

nuevo censor, nuevas tropas,

se frustrarán mis intentos;

y es falsedad bien notoria, [2065]

pues lo que yo obro es justicia,

y aquesta, por ley forzosa,

la ha de observar cualquier juez;

y aunque fuese pasión propia,

mi calidad y servicios [2070]

los que vinieren no ignoran,

y todos somos romanos.

CORCOBA.— Así dijo el de las moscas:

¿qué importa me quitéis estas

si luego han de venir otras? [2075]

LELIO.— Señor, acudir es fuerza,

pues que ya, según lo notas,

casi en la ciudad se escucha

entrar las cajas.

CAMILO.— Forzosa

obligación es salir [2080]

a recibir la persona

del nuevo cónsul; y así,

suspéndase por ahora

lo que mandé, hasta que vuelva.

Y en tanto, Dantea hermosa, [2085]

si acaso de cruel me culpas,

cruel eres con quien te adora.

(*Vanse los romanos*)

TAURINA.— ¡Id con trescientas mil suegras!

CORCOBA.— Basta una, si es regañona.

ALCIDÓN.— ¡Cielos! ¿Es sueño o delirio  
o novela fabulosa  
lo que nos está pasando? [2090]

TIRRENA.— De tal suerte se eslabonan  
los riesgos y los temores,  
que aun discurredos asombran. [2095]

DANTEA.— Pues antes de todo, deja  
desate esas rigurosas  
ligaduras. (*Desátale*)

ALCIDÓN.— Más oprimen  
las que el alma me aprisionan.

DANTEA.— Pues ahora ¿qué os sobresalta,  
cuando parece que asoma  
más propicia la fortuna [2100]  
a nuestro socorro pronta?

¿Nuevo cónsul no escuchamos  
que llega, con esa pompa  
militar? ¿Pues qué tardamos, [2105]  
que a sus plantas no se postra  
nuestra desdicha a pedir  
justicia o misericordia?

Romano es, pero no es fuerza [2110]  
que todos por una moda  
hayan de ser tan tiranos,  
y aun por política docta,  
cuando como esotro sea,  
no querrá que lo conozcan [2115]

en esta primera entrada,  
pues suele haber juez que obra  
como debe el primer día,  
luego, como se le antoja;  
y en fin, sea como fuere, [2120]  
en esta mortal congoja  
busque yo el medio, que el fin  
a la fortuna le toca.

ALCIDÓN.— Dices bien.

TIRRENA.— ¡Quieran los cielos,

que más benigno nos oiga! [2125]

TAURINA.— ¿No vamos también nosotros?

CORCOBA.— Ve tú, que eres buena moza,  
y clama cuanto quisieres,  
que yo, que les sé la moda,  
temo que a queja de ciento, [2130]  
con doscientos me respondan.<sup>49</sup>

*(Vanse. Salen Camilo, Lelio, Pasquín, [Adriano] y soldados)*

CAMILO.— ¡Notable acompañamiento  
trae el cónsul!

ADRIANO.— ¡Es espanto!

LELIO.— Mas ¿para qué rumor tanto  
de armas?

CAMILO.— Ignoro el intento, [2135]  
pues para seguridad  
de esta bárbara nación,  
aun sobra con la legión  
que yo tengo en la ciudad.

LELIO.— Alguna nueva conquista [2140]  
sin duda el Senado intenta.

CAMILO.— Pues ¿cómo sin darme cuenta<sup>50</sup>  
vienen las tropas que alista?

LELIO.— Y del cónsul ¿no has oído  
quién sea?

PASQUÍN.— Yo no, señor. [2145]

CAMILO.— Por patricio o senador  
será en Roma conocido,  
que no me enviara a mudar  
hombre que no me igualara  
en dignidad.

LELIO.— Cosa es clara. [2150]

ADRIANO.— Llega el paso a adelantar,  
que ya le veo venir  
entre escuadrones armados.

LELIO.— Hacedle salva,<sup>51</sup> soldados.

CAMILO.— Salgámosle a recibir. [2155]

*(Salen Mileno a lo romano y acompañamiento)*

MILENO.— Hagan alto las escuadras,  
pues a recibirme veo  
se va acercando Camilo.

CAMILO.— ¡Qué es lo que reparo, cielos!  
Lelio ¿no adviertes?

LELIO.— ¡Qué miro! [2160]  
Este cónsul ¿no es Mileno?

MILENO.— ¡Qué confusos se han quedado!

CAMILO.— (*Aparte*) Mas llegar a hablarle quiero.  
(*A Mileno*) Seas, cónsul, bien venido.

MILENO.— Con mis brazos agradezco [2165]

tu atención, noble Camilo,  
cuando mi humildad en ellos  
ensalza este nuevo honor,  
y estoy corrido, confieso,  
que un bárbaro como yo  
ocupe el lugar supremo  
que un patricio como tú  
rige con tan grande acierto:  
fue voluntad del Senado.

[2170]

Ya conozco que a ser vengo  
fábula de estas riberas;  
mas ¿qué he de hacer? Obedezco.

[2175]

CAMILO.— (*Aparte*) O me ha querido agraviar  
el Senado en el desprecio  
de darme este sucesor,  
o esto lo hace Marco Aurelio.

[2180]

(*A Mileno*) La elección es acertada,  
pues tu prudencia y tu esfuerzo  
son las esenciales partes  
del político gobierno,  
y a estas riberas será  
más suave, no teniendo  
la adversión de ser romano.

[2185]

MILENO.— Es vulgaridad del pueblo,  
que el sabio no tiene patria,  
y el que es noble sabe serlo

[2190]

en la suya y en la ajena.

LELIO.— (*Aparte a Camilo*) Misterioso viene, y temo  
que en sabiendo lo que pasa,  
quiera vengarse sangriento. [2195]

CAMILO.— (*Aparte a Lelio*) Yo procuraré atajar  
ese peligro. (*A Mileno*) Supuesto  
que ya recibido estás,  
pues yo gustoso te entrego  
la autoridad y el dominio, [2200]  
dame licencia, que intento  
pasar al instante a Roma,  
a la pretensión que tengo  
del Consulado de España.

MILENO.— Eso es lo que hacer no puedo [2205]  
con tal brevedad; no tanto  
porque antes tomarte espero  
residencia<sup>52</sup> —pues ya sé  
que en tu inimitable acierto  
solo tendré que admirar— [2210]

como porque ahora quiero  
que en estos primeros días  
a mi lado, en el gobierno  
asistas para instruirme,  
pues ya conoces que vengo [2215]  
rudo tronco a que me pulan  
tus virtudes mis defectos.

CAMILO.— ¿Yo quieres que te aconseje?

MILENO.— Pues ¿tú no hiciste lo mismo [2220]  
conmigo? ¿Por qué ahora extrañas  
te pague lo que te debo?

LELIO.— (*Aparte*) ¡Con qué falsedad a todo  
responde el villano!

MILENO.— ¡Oh, Lelio!  
¿cómo no has llegado a hablarme?

LELIO.— Solo aguardaba este tiempo, [2225]  
para que tus pies...

MILENO.— Levanta,

que un romano de tu esfuerzo  
es acreedor de mis brazos;  
y cree que solo vengo  
para atenderos a todos [2230]  
por justificados medios  
y que traigo del Senado  
especial encargo de esto.

PASQUÍN.— (*Aparte*) Si él sabe lo que ha pasado,  
ahorcarnos es lo de menos. [2235]

CAMILO.— Ya entrar en la ciudad puedes,  
que el camino, considero,  
fuerza es que te haya cansado.

MILENO.— Yo estoy a trabajos hecho  
y el descansar de los míos [2240]  
sin aliviar los del pueblo  
fuera crueldad; y así, antes,  
según la orden que tengo,  
daré audiencia a los que lleguen,

que aunque descuidos no creo [2245]  
de Camilo, en la justicia  
no deja de haber lamentos

de pobres impertinentes  
que no se atienden por serlo;  
y yo, como lo soy todo,<sup>53</sup> [2250]  
tendré mas flema con ellos.

PASQUÍN.— ¡Allí le pica!

MILENO.— Aquí, al paso,  
a mi secretario Enio  
han dado unos memoriales,  
y es bien que los vamos<sup>54</sup> viendo. [2255]

CAMILO.— Estos en tu casa puedes  
despachar con más asiento.

MILENO.— Para leer quejas, Camilo,  
no hay más luz que la del cielo,  
que la que entra en los palacios, [2260]  
aun materialmente vemos,  
que va cambiando colores,

según se los tiñe el medio  
del cristal por donde pasa;  
y al que no es muy lince en esto, [2265]  
de la inocencia al armiño,  
si se atraviesa un objeto,  
o pálido por la envidia,  
o por la ira sangriento,  
manchando su candidez, [2270]  
le arriesga el conocimiento.

*(Dentro [voces])*

- 1.— ¡Desviad!
- 2.— ¡Tened!

*(Dentro)*

DANTEA.— Al cónsul  
hemos de llegar.

MILENO.— ¿Qué es esto?

*(Salen Dantea, Tirrena, Alcidón, Taurina y Corcoba)*

DANTEA.— Esto es, capitán heroico,  
que a tus plantas... mas ¿qué veo? [2275]

TIRRENA Y ALCIDÓN.— ¿Qué miro?

DANTEA.— ¿Padre?

TIRRENA Y ALCIDÓN.— ¿Señor?

MILENO.— ¿Qué hacéis? ¿Dónde vais? ¡Teneos!

DANTEA.— Adonde el amor nos lleva:

a que en tus brazos...

MILENO.— No entiendo  
lo que dices.

DANTEA.— Yo tampoco [2280]  
la autoridad que venero  
en tu persona, mas esta  
no quita el conocimiento  
de hijos tuyos.

MILENO.— No os conozco.

DANTEA.— ¿Pues nuestro padre Mileno [2285]

no eres?

MILENO.— Estáis engañados:  
ni de uno, ni de otro me acuerdo,<sup>55</sup>  
mas de que Roma me fía  
de vuestra patria el gobierno  
y que a un bárbaro que fuera,  
como decís, vuestro deudo,  
mal le pudiera encargar  
políticos documentos  
que enseñe a vuestra ignorancia.  
¿No es verdad, Camilo, esto?

[2290]

[2295]

CAMILO.— Señor...

CORCOBA.— ¡Voto a cien Apolos  
que está borracho o yo sueño!  
¿No se acuerda de Corcoba,  
y de cuando le pusieron  
en las cuentas atrasadas  
una libranza de ciento?  
Pues aquí está el contador.

[2300]

MILENO.— ¿Es verdad, Camilo, esto?  
¿Conoces estos villanos?

CAMILO.— Señor, yo...

MILENO.— No estés suspenso.

[2305]

CAMILO.— A Dantea y Alcidón  
es forzoso conocerlos,  
y a Tirrena.

CORCOBA.— Y a Corcoba  
¿por qué no? ¡Pese a su abuelo!

DANTEA.— Señor ¿para qué es andar  
dilatando por rodeos

[2310]

lo que tú ignorar no puedes?

Sabe que Camilo y Lelio,  
atrevidos como siempre,  
atropellando el respeto

[2315]

de mi persona y mi casa,  
sobre querer defendernos  
Alcidón, quisieron...

MILENO.— Basta,  
que aunque ni dudo ni creo  
lo que decís, estas cosas [2320]  
se han de comprobar primero,  
que de un juez, y juez romano,  
para creer tal exceso  
son menester evidencias,  
y aquí de no conoceros [2325]  
veréis el primer motivo,  
pues ¿cómo puede ser esto  
de ser tú mi hija, tú  
mi sobrina y tú mi yerno,  
y hacer con los tres el cónsul [2330]  
tan grande atropellamiento?

CAMILO.— Señor, es verdad...

MILENO.— Camilo,  
no más, que ya considero  
que en tu sangre, en tu prudencia  
no caben estos defectos, [2335]  
y que estas quejas serán  
odio (como en otro tiempo  
dijiste) que a los romanos  
tiene esta provincia, y esto  
yo lo atajaré muy breve. [2340]  
Ven, pues, conmigo, que temo  
que en estas impertinencias,  
si aquí más nos detenemos,  
nos han de gastar el día;  
y a vosotros os advierto [2345]  
que a sentarme en el juzgado  
voy ahora, donde espero  
oír y hacer justicia a todos,  
justificando primero  
la verdad, sin que para ella, [2350]  
el que yo sea Mileno  
tú, Dantea, o tú, Camilo,  
haga al caso; pues es cierto,

que el buen juez no tiene patria,  
cuando ha de obrar justiciero; [2355]  
y al que encontrare culpado  
gravemente, vive el cielo  
que ha de dar con su cabeza  
a los demás escarmiento.

*(Vase)*

CAMILO.— ¡Que envíen a este villano [2360]  
para que aje mi ardimiento...!

LELIO.— ¡Temblando voy!

PASQUÍN.— De esta vez  
los gatzates *volaverunt*<sup>56</sup>.

*(Vanse los tres)*

CORCOBA.— Vaya el seor dragón, que ahora [2365]  
todos endragonaremos.

DANTEA.— Alcidón, ya los hados más propicios  
parece dan de nuestro alivio indicios.

ALCIDÓN.— La voltaria fortuna [2370]  
en el mal ni en el bien nunca fue una,  
que en el inquieto mar de su mudanza  
hay calmas de tormenta y de bonanza.

TIRRENA.— ¿Por dónde, pues, Mileno habrá alcanzado  
el poder con que así le honra el Senado?

CORCOBA.— Siendo extranjero, hablando misterioso, [2375]  
y mormurando a roso y a velloso<sup>57</sup>  
del gobierno presente,  
cátale<sup>58</sup> acomodado brevemente.

*(Al paño<sup>59</sup> Marco Aurelio, aparte)*

MARCO AURELIO.— Aunque a Mileno el cargo he conferido [2380]  
de censor del Danubio, no he querido  
tan del todo fiar de sus acciones  
estas resoluciones,  
que no venga a su vista recatado  
a ver lo que ejecuta con cuidado,  
para enmendar lo que él errar pudiere,

- o por si algún tumulto sucediere. [2385]
- DANTEA.— ¿En qué ahora nos paramos,  
que de mi padre al tribunal no vamos  
a pedirle justicia?
- TIRRENA.— Vamos luego,  
que ya me abrasa de vengarme el fuego.
- ALCIDÓN.— Si debo aconsejaros, [2390]  
no estaréis decorosas, si a mostraros  
llegáis públicamente  
a un tribunal, que asiste tanta gente.  
Mejor es por escrito, que yo a todo  
asistiré.
- DANTEA.— Del modo [2395]  
que tú lo dispusieres,  
lo mejor será siempre.
- CORCOBA.— ¿Qué hay que esperes?
- TIRRENA.— ¿En qué, Alcidón, se tarda  
nuestro paso?
- ALCIDÓN.— Verdad, vamos.  
*(Vanse, y detiene Marco Aurelio a Corcoba)*
- MARCO AURELIO.— Aguarda, [2400]  
que he menester me digas... *(Aparte)* De este quiero  
informarme primero  
si es verdad de Camilo la injusticia,  
pues este, sin pasión y sin malicia,  
la verdad contará.
- CORCOBA.— ¿Qué me detiene, [2405]  
y sin dejarme ir, ni va ni viene?
- MARCO AURELIO.— ¿Es verdad que un censor a esta ribera  
acaba de llegar?
- CORCOBA.— A Dios pluguiera,  
que ni a queste llegara,  
ni acá del otro viésemos la cara.
- MARCO AURELIO.— Pues ¿qué os hizo Camilo?
- CORCOBA.— ¡Mal provecho! [2410]  
Nada, porque antes todo lo ha deshecho:  
deshizo las solteras, las casadas,

las viudas, las doncellas, las preñadas;  
deshizo nuestras leyes, nuestra hacienda,  
y hasta a mí me deshizo la trastienda. [2415]

MARCO AURELIO.— ¿Y los demás romanos qué decían?

CORCOBA.— ¿Qué? Bailaban al son que les tañían,  
pues si el censor las tierras abrasaba,  
gran tonto era el que no se calentaba;  
mas yo sé que Mileno, que ahora manda, [2420]  
les ha de hacer bailar la zarabanda.

MARCO AURELIO.— ¿Es hombre de razón?

CORCOBA.— ¡Pese a mi abuela!  
Más sabe que perdices en cazuela.  
Ese era acá el que todo lo entendía,  
quien dudas y cuestiones decidía; [2425]  
pero Camilo se quitó de cuentos,  
y a coces concluyó sus argumentos.

MARCO AURELIO.— (*Aparte*) Verdad Mileno en todo me ha contado,  
y en su elección conozco que he acertado.

CORCOBA.— Si no pregunta más, voyme volando, [2430]  
donde Mileno ahora está juzgando,  
para ver sus caprichos, que son raros.

MARCO AURELIO.— Vamos, que también quiero acompañaros;  
y para que poder mayor le asista,  
mi guardia haré también que esté a la vista. [2435]

(*Vanse. Córrese la cortina y descúbrese Mileno en su silla, y Camilo,  
Lelio, Alcídón y otros*)

MILENO.— Moradores del Danubio,  
que de los hados impíos,  
aun en sus ásperas grutas  
os supo hallar el castigo:  
si quejosos, con razón [2440]  
o sin ella, del dominio  
romano (según decís)

esclavos habéis vivido,  
hoy el romano Senado,  
justiciero y compasivo, [2445]  
a que averigüe me envía

si es verdad lo que le han dicho.  
Nuevo censor soy del Albis;  
ya han cesado de Camilo  
y de los demás romanos [2450]  
autoridades y oficios.

Yo soy el que los sucedo,  
y yo el que, según estilo,  
para castigo, o el premio,  
su residencia publico: [2455]

cuantos estéis agraviados  
venid, que aquí estoy a oídos,  
sin que os turbe el embarazo  
de porteros ni ministros.

CAMILO.— Lelio, este villano quiere [2460]  
vengarse, según he visto,  
de nosotros.

LELIO.— Bien lo temo.

CAMILO.— Pues haz que estén prevenidos,  
por si importa a nuestro amparo,  
los soldados que trajimos. [2465]

LELIO.— Ya, como a ellos les importa  
también, están sobre aviso.

MILENO.— El capitán de mis guardias,  
con la escuadra que he elegido,  
esté pronto a ejecutar [2470]  
las órdenes que le envió;  
y tú, Enio, en tanto que llegan  
los demás, pues por escrito  
te han dado muchos sus quejas,  
ve leyendo.

*(Al paño Marco)*

MARCO AURELIO.— *(Aparte)* Entre el bullicio [2475]  
de la gente, en esta parte  
oculto oír determino.

ENIO.— De Adriano, Tribuno, en este  
memorial se queja Friso,  
labrador, que habiendo dado [2480]

el hospedaje debido  
a sus tropas y oficiales,  
le pagaron el servicio  
con saquearle a la partida.

MILENO.— Desorden introducido [2485]  
de soldados, que en su marcha  
cualquier pais es enemigo.<sup>60</sup>

ENIO.— Le mataron dos pastores  
y robaron, atrevidos  
sus dos hijas.

MILENO.— ¿Cómo? Eso [2490]  
ya va por otro camino.

ENIO.— Y aunque se quejó al Tribuno,  
no solo no fue atendido,  
pero quiso castigarle.

MILENO.— ¿Y de esto tiene testigos? [2495]

ENIO.— Hecho es público y lo afirman  
sus criados y vecinos.

ADRIANO.— Señor...

MILENO.— Llevadle a que dé [2500]  
su descargo por escrito  
a mi capitán. (*Llévanle*) Prosigue.

ENIO.— Tirrena, hija de Fabricio,  
se querella aquí de Lelio,  
que con violencia la hizo  
llevar a su casa, donde...

MILENO.— No más, que para el delito [2505]  
le sobran ya circunstancias.

LELIO.— Señor, confieso rendido,  
que el amor..

MILENO.— Pues ¿quién os niega  
que a Tirrena habéis querido?

LELIO.— Es que ella, esquivava...

MILENO.— Es honrada, [2510]  
en la violencia se ha visto.

LELIO.— Señor, para esposa mía  
sabe Júpiter Olimpo

que intenté...

MILENO.— Pues ¿tanta prisa  
os dabais a ser marido, [2515]  
que no tuvisteis paciencia  
para pedirla a Fabricio,  
su padre? Llevadle a dar  
su descargo, como he dicho,  
a mi capitán. (*Llévanle*)

LELIO.— Advierte... [2520]

MILENO.— Ya yo lo tengo advertido.

PASQUÍN.— Váyanse con él burlando.

MARCO AURELIO.— (*Aparte*) Buen crédito han adquirido  
en Germania los romanos,  
mas siempre temí esto mismo. [2525]

CORCOBA.— Ahora entro yo: aquí, señor,  
está Corcoba, marido  
de Taurina, a quien Pasquín,  
dragón del señor Camilo,  
se la llevó y se la trajo [2530]  
para aprender (según dijo)  
la romana cuertesía;

y cuando a quejarse vino  
al dicho Camilo, manda  
que le den al susodicho, [2535]  
cien azotes, y el dragón  
anduvo largo y cumplido,  
sobre que ofrece probanza,  
y pide, según estilo,  
justicia y costas.

PASQUÍN.— Señor... [2540]

MILENO.— Andad, llevadle vos mismo  
a que dé el descargo.

PASQUÍN.— ¡Zape!

CORCOBA.— Usted se venga conmigo,  
señor dragón, y verá  
otra moda que no ha visto. (*Llévale*) [2545]

MILENO.— ¡Válgaos el sol por romanos!

En todos vuestros delitos  
hay mujeres y violencias;  
vuestra gran terneza admiro;  
y luego dirán que sois [2550]  
crueles y vengativos.

ENIO.— Todos estos memoriales  
vienen a ser uno mismo,  
que de Camilo contienen  
varias quejas.

MILENO.— No es prodigio [2555]  
que un juez tenga desafectos,

pues si castiga los vicios,  
se lastiman de él los malos,  
y cuando en esto anda omiso, [2560]  
también mormuran los buenos;

pensiones son del oficio;  
demás, que Camilo halló  
estos pueblos que ha regido  
tan bárbaros, tan incultos, [2565]  
que para haber de instruirlos

en la religión y leyes,  
buenas costumbres y estilo  
de Roma, trabajaría  
con rigor; y no me admiro, [2570]  
que para labrar un tronco,  
muchos golpes son precisos.

A esto le envió el Senado,  
y yo creo que ha cumplido  
a pesar de desafectos;  
y porque veáis lo que digo, [2575]  
leed...

ENIO.— Esta es general queja [2580]  
de los pueblos oprimidos  
con tantas contribuciones,  
valimientos, donativos,  
cuarteles, repartimientos,  
y tal variedad de arbitrios,

que en la substancia eran robos  
y tributo en el sonido.

CAMILO.— Orden tuve del Senado  
para todo.

MILENO.— Bien ha dicho, [2585]  
que con la autoridad suya,  
de la orden, desorden hizo.

ENIO.— Que al que a quejarse venía,  
maltrataba con impío  
rigor de obra y de palabra; [2590]  
y entre otros muchos vecinos,  
a Mileno, un pescador...

MILENO.— Tened, que ese cargo es mío;  
y aunque ya de él no me acuerdo,  
yo daría, y es lo fijo, [2595]  
ocasión para el ultraje.

CAMILO.— Que anduvisteis atrevido  
es cierto, que al superior  
con más reverente estilo  
se ha de replicar.

MILENO.— Bien dices, [2600]  
pero que ahora hablas conmigo,  
y que soy superior tuyo,  
también pones en olvido.

En fin, aquel ajamiento  
me ha elevado a este dominio; [2605]  
tú fuiste el instrumento,  
y he de serte agradecido  
en perdonar mis ofensas.  
Enio, prosigue.

ENIO.— Prosigo: [2610]  
Que a Dantea, noble dama,  
después de haber impedido  
con escándalo su boda,  
profanó su casa altivo,  
estando ausente su padre,  
y sacarla de ella quiso [2615]

para llevarla a la suya  
en poder de sus ministros  
y soldados.

MILENO.— ¡Grave ofensa!

ENIO.— Y porque intentó impedirlo  
Alcidón...

ALCIDÓN.— Eso tampoco [2620]

leáis, que yo no permito  
que en mi nombre se den quejas  
cuando no me faltan bríos,  
acero ni sangre para  
vengarme de mi enemigo;  
y pues que ya de censor  
sin el carácter le miro,  
sepa que sabré...

[2625]

CAMILO.— Después  
sabréis también que castigo  
osadías sin la sombra  
del poder.

[2630]

*(Empuñan las espadas y Mileno se pone en medio de los dos)*

MILENO.— ¡Qué es lo que miro!

¡Cómo! ¿Delante de mí?  
¡Viven los cielos divinos!  
¿Tú usurpas a la justicia  
el derecho? Y tú, atrevido,  
¿delante de ella blasonas  
el defender tus delitos?  
¡Ah de la guardia!

[2635]

SOLDADO.— Señor.

MILENO.— Llévadle preso a un castillo,  
y tú entra a dar tu descargo.

[2640]

CAMILO.— ¿Yo?

MILENO.— Sí.

CAMILO.— Los descargos míos  
daré al Senado, que fue  
quien el cargo que ejercito  
me dio.

MILENO.— Pues ese Senado  
tu poder ha transferido [2645]  
en mí.

CAMILO.— Aunque admirar me deba  
que a un hombre de mis servicios,  
después de haber con sus armas  
allanádole los riscos [2650]  
de estas riberas, le envíe

un sucesor tan distinto  
como tú, no lo disputo;  
pero que yo a tus caprichos  
sujete mi honor y vida,  
que bárbaro y vengativo [2655]  
pretendes atropellar,  
pues eres a un tiempo mismo  
en mi causa, juez y parte,  
no lo acepto ni permito.

MILENO.— Pues ¿qué pretendes?

CAMILO.— Que tú [2660]  
justifiques, como has dicho,  
estas quejas, y después  
para el premio o el castigo  
des a Roma cuenta.

MILENO.— Bueno;  
ya Roma viene conmigo [2665]  
para tu vida o tu muerte:  
ve donde todos han ido  
a dar tu razón.

CAMILO.— Primero (saca la espada)  
daré muerte al que atrevido  
osare...

MILENO.— ¿Qué es lo que intentas? [2670]

CAMILO.— Mi defensa en tal peligro.  
Yo a ti no he de sujetarme;  
esta es la ocasión: amigos,  
soldados y compañeros,  
defended vuestro caudillo, [2675]

pues si él os falta, ninguno  
está seguro.

*(Hacen dos bandos los soldados)*

SOLDADOS.— ¡Camilo  
viva!

MILENO.— ¿Qué osadía es esta?  
¡Tal desobediencia miro!

UNOS.— ¡Viva Roma!

OTROS.— ¡Viva el cónsul [2680]  
Mileno, con quien venimos!

*(Salen las mujeres)*

DANTEA.— Ven, sepamos qué es la causa  
del rumor que hemos oído.

CORCOBA.— Aquí estoy yo.

MILENO.— No os mováis,  
que a postrar su orgullo altivo [2685]  
sobra mi autoridad. ¡Dame  
el acero!

CAMILO.— No le rindo  
sino a Roma y su Senado.

MILENO.— Yo lo soy y yo lo pido.

CAMILO.— Por tal no te reconozco. [2690]

*(Sale Marco Aurelio y júntase los soldados a él)*

MARCO AURELIO.— Pues dámelo a mí.

CAMILO.— ¿Qué he visto?  
Señor ¿tú?

MARCO AURELIO.— Yo; pues ¿qué extrañas  
en término tan sucinto,  
si es deidad la Majestad, [2695]  
hallarla aquí? ¿No has pedido  
que fuese yo el que oyese?  
Pues yo soy el que te ha oído,  
y yo ahora el que te sentencio.

CAMILO.— *(Aparte)* ¡Qué mal el aliento animo!

MILENO.— Señor, pues vos...

MARCO AURELIO.— No imagines [2700]  
vengo a usurparte el oficio,

sino a ayudarte.

MILENO.— Pudiera  
también quejarme atrevido  
que penséis que para hacerme  
obedecer necesito [2705]  
más fuerza que la orden vuestra.

MARCO AURELIO.— De tu entereza lo afirmo.  
Llevad a Camilo luego  
a mi Capitán Fabricio,  
para la orden que le he dado. [2710]

CAMILO.— (*Aparte*) Esto es morir.

MILENO.— Yo os suplico,  
señor, que si mi humildad  
puede lograros benigno,  
que a Camilo...

MARCO AURELIO.— ¿Qué es aquesto?  
¿Pues tú en este instante mismo [2715]  
no le querías dar muerte?  
¿Pues cómo ahora te miro  
pedir su vida?

MILENO.— Porque  
son términos muy distintos:  
cuando era su juez, las leyes [2720]  
no me dejaban arbitrio.

Ahora que venís a serlo,  
soy la parte que ha ofendido,  
y aunque bárbaro, no ignoro  
que me toca por mí mismo [2725]  
perdonarle y ampararle,  
y aquesto os ruego rendido.

MARCO AURELIO.— Es nobleza de tu pecho;  
y porque veas que estimo  
tu persona, yo el perdón [2730]  
le concederé propicio  
como case con tu hija:  
él logra lo que ha querido,  
tú saneas tus agravios,

y a los venideros siglos [2735]  
dejas tu linaje ilustre,  
pues es en Roma patricio.

CAMILO.— (*Aparte*) Vuelva a alentar mi esperanza.

ALCIDÓN.— (*Aparte*) ¡Cielos, aún faltan peligros!

DANTEA.— (*Aparte*) Primero me daré muerte. [2740]

MARCO AURELIO.— ¿Pues en qué te has suspendido?

MILENO.— De vuestra proposición  
en el extraño camino.

Lo primero es que mi hija [2745]  
tiene a Alcídón por marido,  
en cuyas prendas ninguna

romana nobleza envidia, [2750]  
y no sé yo que a mi casa  
(y más en el genio mío)  
le tuviera conveniencia  
un yerno con tantos vicios.

Lo otro, que Camilo tiene, [2755]  
según consta por lo escrito,  
todo el Danubio agraviado,  
y que no será, imagino,

razón, que porque me pague [2760]  
a mí lo que me ha debido,  
los demás cobrar no puedan,  
pues que no es igual partido  
sea en ellos injusticia  
lo que es en mí beneficio.

Si allá vuestras leyes tienen [2765]  
glosas para aqueste estilo,  
acá no hay más de una, y esa  
es el premio o el castigo.

MARCO AURELIO.— Solo eso, sabio Mileno,  
de tu prudencia y tu juicio  
aguardaba, y te hice esta  
proposición por oírlo.

Yo conozco los excesos [2770]  
y culpas que han cometido

los jueces en esta tierra,  
y enmendarlas solicito.  
Llevad a Camilo luego  
donde he mandado.

CAMILO.— ¡Divinos [2775]  
cielos, yo busqué mi muerte! (*Llévanle*)

MARCO AURELIO.— Y los que con él han sido  
cómplices, con él padezcan.

MILENO.— Ya entiendo que su suplicio  
está ejecutado.

MARCO AURELIO.— ¿Cómo? [2780]

MILENO.— Como a eso era el remitirlos  
a dar su descargo.

MARCO AURELIO.— Bien  
en todo habéis procedido.  
Cónsul os hago perpetuo  
de aquesta provincia y fío [2785]  
mi acierto de vuestro acierto.

MILENO.— Yo con humildad admito  
tal honra; mas si queréis  
quedar, señor, bien servido,  
mandad no quede ningún [2790]  
romano en este distrito;

pues ya estando, como veis,  
unos de otros ofendidos,  
será tener cada día  
de disensiones motivo. [2795]

Para regir en justicia,  
yo aquí no los necesito;  
y no temáis que la tierra  
se os levante, si habéis visto [2800]  
con qué humilde rendimiento

sus ultrajes han sufrido;  
y a lo menos esta herida,  
que tan reciente la miro,  
dejad que la cure el tiempo,  
que él sabrá, maestro benigno, [2805]

ir uniendo, poco a poco  
los que ahora son enemigos.

MARCO AURELIO.— En todo he de complaceros:

yo me llevaré conmigo  
las tropas.<sup>61</sup> Dé ahora Alcidón [2810]  
la mano, como habéis dicho,  
a Dantea.

ALCIDÓN.— ¡Felice yo,  
que tal fortuna consigo!

DANTEA.— Más feliz yo, que así salgo [2815]  
de sustos tan repetidos.

MILENO.— ¿Tirrena?

TIRRENA.— Yo, gran señor,  
lo que rendida os suplico  
es que si honrarme queréis,  
me concedáis el retiro  
en el gran templo de Vesta. [2820]

MARCO AURELIO.— Ya lo tenéis concedido.

CORCOBA.— Volvámonos a casar,  
Taurina.

TAURINA.— Si otro marido  
me buscas, de buena gana.

CORCOBA.— Mejor es, mientras le elijo, [2825]  
que *El villano del Danubio*  
tenga perdón, si no Víctor.

FIN.

# NOTAS

<sup>1</sup> *ejemplar*: ejemplo.

<sup>2</sup> *si son de nieve*: condicional con valor concesivo: “aunque sean de nieve“, ”si bien son de nieve“. Mejor que ”podrán” habría sido “querrán”, porque “en vano podrán” no tiene sentido.

<sup>3</sup> Se refiere, extendiéndolo anacrónicamente a los templos paganos, al derecho de asilo de que gozaban en la España cristiana las iglesias, que permitían a quien en ellas “se acogía a sagrado” ponerse fuera del alcance de los agentes de la justicia, pues estos en el templo no tenían jurisdicción.

<sup>4</sup> El sujeto de “falta” es “estas ciudades” por lo que el verbo debería ser plural, pero existen casos similares en los que el verbo “falta” precedido por el adverbio “solo” se construye en singular como si fuese impersonal aun cuando su sujeto sea plural. El adjetivo docto “riparias”, aunque no está en el diccionario de la Real Academia, significa relativo a la ribera o la orilla y está tomado directamente de Guevara, uno de los pocos autores que lo usan.

<sup>5</sup> “tributarla” por “tributar a Roma” es laísmo, aquí necesario para la rima.

<sup>6</sup> *que se añada*: que la Germania sometida añada o una su libertad a la gloria de Roma, como entiende Mileno.

<sup>7</sup> Sería más correcta e inteligible la construcción con el condicional: “... quien esto os mostrara gran beneficio os haría, de que habríais de dar gracias” pero hay muchos casos de imperfecto con valor de condicional en la época.

<sup>8</sup> *conozcáis*: reconozcáis.

<sup>9</sup> “aquellar. (De *aquello*). 1. verbo transitivo coloquial desusado. Era usado en sustitución de otro verbo, cuando se ignoraba este o no se quería expresar.” DLE, 23<sup>a</sup> ed., actualización de 2019.

<sup>10</sup> *mas que*: aunque, aquí con valor negativo: “Ni aunque se os seque...”.

- <sup>11</sup>Aunque las versiones más modernas (V y Q) corrigen en “cortesía”, mantenemos en todo el texto la forma equivocada como rasgo del habla vulgar y de la ignorancia características del gracioso.
- <sup>12</sup>Forma arcaica de “estoy”, aquí característica también del habla popular.
- <sup>13</sup> *mina*: en el sentido militar, usado metafóricamente, de carga explosiva escondida.
- <sup>14</sup>Cita o paráfrasis de la famosa frase que según la leyenda dijo a Boabdil su madre cuando después de perder Granada y partiendo para el exilio se volvió él con las lágrimas en los ojos para dar la última mirada a la ciudad: “Llora como mujer lo que no has sabido defender como hombre”.
- <sup>15</sup>El nombre del famoso volcán siciliano simboliza aquí por antonomasia el fuego de la rabia que siente Alcidón.
- <sup>16</sup> *apriosa*: de prisa. Aunque es un tópico sumamente frecuentado en el Siglo de Oro, sobre todo en los textos dramáticos, si se aplica a la situación en que se escribió la comedia, el error habría sido aceptar el gobierno francés del nuevo rey, Felipe V.
- <sup>17</sup> *Mesté*: forma popular por Majestad, quizá cruzado con “Vuestra Merced” o quizá con el francés “*majesté*”.
- <sup>18</sup> *haciedo la perdidiza*: fingiendo haberse perdido.
- <sup>19</sup> *ansina*: vulgarismo por “así”.
- <sup>20</sup>Pringar era un tormento que consistía en echar encima del reo una sustancia grasa (“pringue”), como por ejemplo alquitrán, hirviendo. Quizá de ello deriven los usos del español coloquial moderno “pringarla” y “ser un pringao”.
- <sup>21</sup>Estas palabras de Corcoba están repetidas en todos los testimonios.
- <sup>22</sup> *mas que*: aunque.

<sup>23</sup>Tanto aquí como en el v. 1168, todos los ejemplares traen “todo júbilo sea”, pero le sobra un sílaba.

<sup>24</sup> *dilatarlo*: retrasarlo.

<sup>25</sup> Así en las cuatro ediciones y el manuscrito, pero sobra una sílaba. Para obtener la medida justa habría que leer “para oír” como dos sílabas solo. Quizá el “que” inicial se podría suprimir.

<sup>26</sup> Equivalente del moderno “¡cuánto tiempo sin verte!”, aquí en tono humorístico.

<sup>27</sup> Esta construcción, “en cas de”: “a casa de”, como complemento de destino de verbos de movimiento todavía estaba presente en el uso rural castellano a mediados del siglo XX.

<sup>28</sup> *pescudando*: investigando, buscando, interrogando.

<sup>29</sup> “No solo ... pero” en vez de “sino”/ “sino que” llega como construcción normal hasta la época de escritura de esta obra, principios del s. XVIII.

<sup>30</sup> Albis llamaron los romanos al río Elba. En realidad parece que se confunden el Elba y el Danubio. Ambos ríos centroeuropeos no se encuentran cercanos más que en sus cursos altos, que discurren por lo que hoy es la República Checa pero nunca a menos de unos 150 km de distancia. El Elba corre por Alemania hacia el Noroeste, a través de Dresde y Hamburgo, hasta desembocar en Cuxhaven en el Mar del Norte, mientras que el Danubio atraviesa, hacia el Este, Austria, Eslovaquia, Hungría, Serbia, y marcando la frontera entre Rumanía y Bulgaria, desemboca en el Mar Negro. Lo lógico sería que, puesto que la obra se ambienta en las orillas del Danubio, fuese a través de este río como se organizase la tentativa de huida y no a través del lejano Elba; adviértase, sin embargo, que para escapar de los territorios del Imperio Romano seguramente es mejor el Elba.

<sup>31</sup> La respuesta con “Como...” a la pregunta con “¿Cómo...?” es normal en la época, corresponde a nuestro “Porque...” o “Es que...”.

- <sup>32</sup>Probablemente las palabras “carta de pago” iban acompañadas por un gesto alusivo de efecto cómico a la zona al final de la espalda donde Corcoba ha recibido los azotes.
- <sup>33</sup>“ir a la mano a alguien: (locución verbal coloquial) contenerlo, moderarlo” DLE, 23<sup>a</sup> ed., act. 2019, s. v. mano.
- <sup>34</sup>La rima no deja lugar a dudas, pero para el sentido sería mejor “deslumbrador” en el sentido figurado de “engañar, sorprender el entendimiento y los sentidos con acciones o razones aparentes y con un falso resplandor” que da Terreros y Pando, *Diccionario Castellano*, vol. 1, p. 649a, s.v. deslumbrar. Cfr. RAE, *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* [<http://www.rae.es/recursos/diccionarios/diccionarios-antiguos-1726-1992/nuevo-tesoro-lexicografico>]
- <sup>35</sup> *Que ya no queda reparo, / donde hay honor, en la vida:* que donde hay que defender el honor no se debe reparar en poner a riesgo incluso la vida.
- <sup>36</sup>Todas la ediciones traen “y no haberle merecido”, pero no tiene sentido. Solo Ms, que corta los versos sucesivos a “tal” (1486-89), devuelve un sentido, aunque no muy elegantemente formulado, al texto.
- <sup>37</sup> *en pelo:* sin silla ni otro tipo de montura.
- <sup>38</sup>La forma del pasaje es obscura, pero se entiende que lo que Camilo juró no le impidió dejar de cumplir los beneficios que había prometido a los nuevos súbditos del Imperio.
- <sup>39</sup> *vamos:* con valor de subjuntivo, “vayamos”, síncopa frecuente en el XVII.
- <sup>40</sup> *pechos:* impuestos.
- <sup>41</sup>Mercurio, con sus zapatos alados, era el mensajero de los dioses en el Panteón romano.

- <sup>42</sup> *monstruo*: motivo de admiración, maravilla; sentido común en el Siglo de Oro.
- <sup>43</sup> El primer posesivo se refiere al honor, el segundo al cielo: “Quizás en el sufrimiento de nuestro honor el cielo acrisola más su justicia”.
- <sup>44</sup> En todas la ediciones aparece la forma vulgar “entrastes” (en Ms falta este verso) que facilita la medida justa.
- <sup>45</sup> *propia*: con valor enfático, en esta misma casa.
- <sup>46</sup> *Mas que*: a que.
- <sup>47</sup> *emboca*: con el mismo sentido figurado del moderno “encaja”.
- <sup>48</sup> En Ms estos versos están sustituidos por la siguiente continuación del parlamento de Pasquín: “a estas riberas, que ha muerto / Trajano y que la corona / imperial ya Marco Aurelio / con aplauso común goza. / Camilo.– Sin duda etc.”. La lectura de los impresos parece más coherente, pues si Pasquín explica la causa de la llegada de nuevas tropas, las hipótesis sucesivas de Camilo (certificadas por el manuscrito) no tendrían sentido.
- <sup>49</sup> Aquí termina el tercer acto de Ms y empieza el 4º.
- <sup>50</sup> *sin darme cuenta*: con valor no reflexivo, sin advertirme, sin informarme.
- <sup>51</sup> *salva*: saludo.
- <sup>52</sup> *tomar residencia*: tomar cuenta a una persona que ha ocupado un cargo público de la conducta que ha tenido en su desempeño.
- <sup>53</sup> *lo soy todo*: soy también pobre e impertinente.
- <sup>54</sup> *vamos*: vayamos (ver verso 1583).
- <sup>55</sup> El verso tiene una sílaba de más. Ms lo corrige también suprimiendo el segundo “de”, pero mejor parece suprimir el primer “ni”.

- <sup>56</sup> *volaverunt*: en latín, volaron (3ª persona del plural del preterito perfecto del verbo “volar”, volar); jocosamente se dice de las cosas desaparecidas.
- <sup>57</sup> *murmurando a roso y a velloso*: a diestra y a manca, de todos por igual, sin excepción y sin consideración ninguna. En el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias (1611) s. v. ROSO: “Es lo mesmo que rojo, y dicese de la fruta que está ya madura y ha tomado su color rojo; ponemos el ejemplo en el melocotón y en el membrillo, porque antes de madurar están cubiertos de vello, y de aquí nació una frase castellana: 'No dejar roso ni velloso', que es llevarse lo maduro y lo que está por madurar; tal es la condición de la muerte, que se lleva niños y viejos.” En realidad, Covarrubias no aclara el significado estricto de “roso” que quiere decir raído, sin pelo, lo contrario de “velloso”. En Ms el comentario de Corcoba, de explícito contenido político en el momento en el que (1714) los franceses tenían más poder en el gobierno, está sustituido por otro más adecuado seguramente a la situación política de 1803 en la que la compañía propietaria del manuscrito representara la obra: “¿Cuándo yendo a las Cortes un salvaje / no ha venido a mandar en su linaje?”.
- <sup>58</sup> *catar*: ver, mirar. La vigésimo tercera edición del DLE (act. 2019) lo da como poco usado en este sentido, pero en el de *Autoridades* (1729) era la primera acepción.
- <sup>59</sup> *Al paño*: acotación que sirve para indicar que el actor aparenta estar escondido entre los bastidores laterales de forma que los demás personajes en escena no le ven.
- <sup>60</sup> La medida del verso requiere pronunciar “pais” como monosílabo, no “país”.
- <sup>61</sup> A partir de aquí el manuscrito cambia el texto sustituyéndolo con este otro, de finalidad didáctico-política: [Final del parlamento de Marco Antonio] “Di qué más quieres. Mileno.– Daros las gracias rendido. / Habitantes del Danubio / atended a lo que os digo: / Ya habéis visto que a mi patria / libré por otro camino / del que intentasteis vosotros; / tened todos entendido / que no es bastante el valor / siempre que no

vaya unido / con la observancia a las leyes / que juramos y admitimos.  
/ Juntas estas dos virtudes / seréis siempre (yo lo fio) / invencibles,  
abatiendo / los mayores enemigos. [línea] Fin de la comedia.”

## GUILLERMO CARRASCÓN

Guillermo Carrascón es *Ricercatore* de Lengua Española en el Dipartimento di Studi Umanistici de la Universidad de Turín, en donde enseña español para los varios grados del departamento. Anteriormente lo ha hecho en la Universidad de Bolonia, en la de Módena y en Johns Hopkins University, Goucher College y Dickinson College (EE.UU). Sus estudios versan sobre el texto para el teatro, tanto el contemporáneo como el del Siglo de Oro, temas sobre los que ha publicado artículos y algunas ediciones, como la *Comedia muy ejemplar de la Marquesa de Salucia, llamada Griselda* de Navarro (2018). También se ha ocupado de narrativa y poesía contemporáneas españolas. Ha dirigido el proyecto de investigación “Italian *Novellieri* and Their Influence in Renaissance and Baroque European Literature: Editions, Translations, Adaptations”, cuya finalidad es producir ediciones de la obra de los *novellieri* italianos y de sus numerosos derivados literarios en la Europa moderna y ampliar los estudios sobre estas relaciones intertextuales. Desde 2014 es director de *Artifara. Revista electrónica de lenguas y literaturas ibéricas y latinoamericanas*, en la que ha participado desde su fundación (2002). Participa en varios proyectos de investigación tanto italianos (Proyecto “Spanish Culture in Italian Press 1898-1950”), como internacionales (“Q.Theatre. Theatrical Recreations of Don Quixote in Europe”, “Recreaciones teatrales del *Quijote*”, P. I. Emilio Martínez Mata) y forma parte del consejo asesor o directivo de varias colecciones y revistas como “Novellieri Italiani in Europa” de la editorial Accademia University Press de Turín; “Recreaciones Quijotescas en Europa” de la Società editrice fiorentina; *Revista Historia Autónoma* y *Ogigia*, *Revista Electrónica de Estudios Hispánicos*.



## JUAN DE LA HOZ Y MOTA

Aunque por su fecha de nacimiento podría haber formado parte de la escuela de Calderón, junto a escritores como Juan de Matos Frago (1608-1689), Cristóbal de Monroy y Silva (1612-1649) o Juan Bautista Diamante (1625-1687), por lo tardío de su producción dramática Juan de la Hoz y Mota (1622-1714), autor de *El villano del Danubio* y *el buen juez no tiene patria*, es considerado generalmente como uno de los componentes del grupo de autores menores, epígonos de la escuela calderoniana, cuyos exponentes más señalados son Francisco Bances Candamo (1662-1704), Pedro Lanini (ca. 1640 - ca. 1715) o Antonio de Zamora (1660-1728).

En efecto, la trayectoria vital de Juan de la Hoz y Mota presenta una particularidad digna de mención. Retirado tras una larga, brillante y provechosa carrera en la administración del erario público, el autor de *El villano del Danubio* y *el buen juez no tiene patria* empieza su producción dramática cerca de los 70 años. De hecho, la disparidad entre la carrera profesional, que comienza muy pronto, y la literaria, que lo hace muy tarde, ha llevado a algunos estudiosos a suponer que tras el nombre de Juan de la Hoz y Mota se celen dos personas distintas de la misma familia, uno más anciano y el otro más joven, el primero, nacido en 1622, de carrera cortesana, y el segundo, muerto en 1714, dramaturgo.

## EL VILLANO DEL DANUBIO

En un paisaje rupestre un grupo de bárbaros germánicos se apresta a celebrar la boda de los dos protagonistas, Dantea y Alcides, en una escena de bailes pastoriles, cuando irrumpen en escena las legiones romanas guiadas por el cónsul Camilo y el general Marco Aurelio. Se entablan unos combates entre germanos y romanos que se ven interrumpidos por la intervención de Mileno. Se sigue una disputa entre este y los dos jefes romanos, en el curso de la cual los germanos se convencen de la conveniencia de someterse pacíficamente al poder de Roma. Mientras tanto, sin embargo, Camilo se ha enamorado a primera vista de Dantea, por lo que, a partir de ese momento, hará todo lo posible para impedir o posponer el matrimonio de los dos jóvenes con diversos pretextos. Además, al ver que Marco Aurelio no aprueba sus propósitos, lo manda de vuelta a Roma y nombra a Mileno su consejero de gobierno. Sin embargo, en seguida se va a constatar, a través de una escena a cargo de la pareja de graciosos germanos, Corcoba y Taurina, y del gracioso romano Pasquín, que las ventajas de la civilización romana, con cuyo anuncio han sido convencidos los germanos de someterse pacíficamente, sirven más que nada como excusa para que los romanos dominen a los germanos y abusen de ellos y de sus mujeres.

La obra dramática de Hoz se terminó de editar en medio de una pandemia que desde hace meses asola a la humanidad.

*...admito, pues, sin repugnancia, que todos los hombres justos e injustos están igualmente sometidos a los males generales de la humanidad, ora provengan de la naturaleza física, ora dimanen de infaustas circunstancias sociales, políticas o domésticas*

Jaime Balme, *Cartas a un escéptico en Materia de religión*

## EDICIONES DE CLÁSICOS HISPÁNICOS

- 1 *Debate de Elena y María*, ed. José Manuel Querol
- 2 Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre*, ed. Javier Maldonado
- 3 Luis de Soto, *Recibimientos a Fernando el Católico*, ed. Víctor Infantes
- 4 Hernán López de Yanguas, *Triumphos de Locura*, ed. Javier Espejo Surós y Julio F. Hernando
- 5 Francisco de Quevedo, *El Buscón*, ed. Pablo Jauralde Pou
- 6 Diego de la Cueva y Aldana, *Fábula de la ninfa Calixto y el dios Júpiter*, ed. Javier Álvarez
- 7 Álvaro Cubillo de Aragón, *Ganar por la mano el juego*, ed. Simón Sampedro
- 8 Francisco de Trillo y Figueroa, *Epitalamio en las felicísimas bodas de los señores don Francisco Ruiz de Vergara y Álava, y doña Guiomar Venegas de Córdoba y Aguayo*, ed. Almudena Marín
- 9 Leopoldo Alas "Clarín", *Pipá*, ed. Francisco Caudet Roca
- 10 Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*, ed. Elena del Río Parra
- 11 Joaquín Benegasi, *Composiciones epistolares*, ed. Pedro Ruiz
- 12 Francisco de Enciso, *Diálogo de verdades*, ed. Javier Fernández
- 13 Miguel Sánchez de Lima, *El arte poética en romance castellano*, ed. Alejandro Martínez Berriochoa
- 14 *La maraña, comedia de Sepúlveda*, ed. Julio Alonso Asenjo
- 15 Cristóbal de Castillejo, *Sermón de amores*, ed. David López del Castillo
- 16 Fray Luis de León, *El Cantar de los cantares*, ed. Jorge Aladro
- 17 Francisco de Quevedo, *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, ed. Pablo Jauralde Pou

- 18 Antonio Enríquez Gómez, "El pasajero", de *Academias morales de las musas*, ed. Jaime Galbarro
- 19 José de Cañizares, *La ilustre fregona*, ed. Marco Presotto
- 20 ¿Lope de Vega?, *El arca de Noé o El mundo al revés*, ed. Aurelio Valladares Reguero
- 21 Lope de Vega, *El castigo sin venganza*, ed. María Grazia Profeti
- 22 Juan Valera, *Pepita Jiménez*, ed. James Whiston
- 23 Miguel de Cervantes, *La gitanilla*, ed. José Montero Reguera
- 24 Mercedes Cabello de Carbonera, *La novela moderna. Estudio filosófico*, ed. Remedios Mataix
- 25 Agustín Moreto, *El Santo Cristo de la Cabrilla*, ed. Aurelio Valladares Reguero
- 26 Rubén Darío, *Azul...*, ed. Miguel Ángel García
- 27 *La historia de la linda Magalona y del muy y esforçado cauallero Pierres de Provença*, ed. Aurelio Vargas Díaz-Toledo
- 28 Leonor López de Córdoba, *Memorias*, ed. Sandra Álvarez Ledo
- 29 Sebastián de Córdoba, *Las obras de Boscán y Garcilaso trasladadas en materias cristianas y religiosas*, ed. Aurelio Valladares Reguero
- 30 José García de Villalta, *El golpe en vago*, ed. José Enrique Laplana Gil
- 31 Miguel de Cervantes, *Poesías, I: Poesías de La Galatea*, ed. José Luis Fernández de la Torre
- 32 Hernán López de Yanguas, *Diálogo del mosquito*, ed. Javier Espejo Surós y Julio F. Hernando
- 33 Luis Vélez de Guevara y Francisco de Rojas Zorrilla, *También tiene el sol menguante*, ed. Piedad Bolaños Donoso
- 34 Juan de Robles, *Diálogo entre dos sacerdotes*, ed. Antonio Castro Díaz
- 35 Miguel de Cervantes, *Poesías II: en las Novelas ejemplares*, ed. José Luis Fernández de la Torre

- 36 ¿Miguel de Cervantes?, *La tía Fingida*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez
- 37 Miguel de Cervantes, *La fuerza de la sangre*, ed. Frederick de Armas
- 38 Benito Pérez Galdós, *La batalla de los Arapiles*, ed. Denise Dupont
- 39 Lope de Vega, *Las bizarrías de Belisa*, ed. Nathalie Peyrebonne
- 40 Cristóbal de Castillejo *Las tres fábulas mitológicas*, ed. Blanca Perriñán
- 41 Francisco de Quevedo, *Carta de calidades de un casamiento*, ed. Delphine Hermés
- 42 *Antología de la poesía española. Siglos XVI-XVII*, ed. Pablo Jauralde Pou
- 43 Lope de Vega, *La selva sin amor*, ed. Marcella Trambaioli
- 44 *Tres utopías ilustradas: Viaje al país de los Ayparchontes, La isla y La utopía de Zenit*, ed. María Dolores Gimeno
- 45 Lope de Vega, *Huerto deshecho*, ed. Ignacio García Aguilar
- 46 Miguel Hernández, *Cancionero y romancero de ausencias*, ed. Pablo Jauralde y Pablo Moíño
- 47 Tirso de Molina, *La mujer por fuerza*, ed. María Elena Garcés Molina
- 48 Miguel de Cervantes, *Tragedia de Numancia*, ed. Gaston Gilabert
- 49 ¿Miguel de Cervantes?, *La conquista de Jerusalén por Godofre de Bullón*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez
- 50 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco
- 51 Miguel de Cervantes, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco
- 52 Juan Bautista Diamante, *Cumplirle a Dios la palabra*, ed. Aurelio Valladares Reguero
- 53 Miguel de Cervantes, *Poemas en Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. José Luis Fernández de la Torre
- 54 *Poema de Fernán González*, ed. José Manuel Querol

- 55 Lope de Vega, *Fuenteovejuna*, ed. Gaston Gilabert
- 56 Garcilaso de la Vega, *Sonetos*, ed. Aldo Ruffinatto
- 57 José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, ed. Elena Perulero
- 58 *Galateo español*, ed. Pilar Egoscozabal
- 59 Antonio Martínez Meneses, *Los Sforzias de Milán*, ed. Elena Martínez Carro
- 60 Manuel Reina, *Andantes y alegros*, ed. Enrique Ortiz Aguirre
- 61 Juan de Palafox y Mendoza, *Diálogo político del Estado de Alemania*, ed. María Soledad Arredondo
- 62 Andrés de Claramonte, *El valiente negro en Flandes*, ed. de Ana Ogallas Moreno
- 63 Antonio de Solís, *Eurídice y Orfeo*, ed. M. Mar Puchau
- 64 Benito Pérez Galdós, *Tormento*, ed. James Whiston
- 65 Lope de Vega, *El bobo del colegio*, ed. Javier San José Lera
- 66 Juan Francisco Masdeu, *Arte poética fácil*, ed. José Domínguez Caparrós
- 67 Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, ed. Steven Kirby
- 68 Jorge de Bustamante, *Las Metamorfoses, o Transformaciones del muy excelente poeta Ovidio*, ed. María Jesús Franco Durán
- 69 Francisco de Quevedo, *Poema a Cristo crucificado*, ed. Manuel Ángel Candelas y Mónica Molanes Rial
- 71 Gustavo Adolfo Bécquer, *Libro de los gorriones*, ed. Luis Gómez Canseco
- 72 Miguel de Unamuno, *Abel Sánchez*, ed. Concha D'Olhaberriague
- 73 Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. Jordi Aladro Font
- 74 *Romances, I. El primer siglo del romancero en el papel: c. 1421-1520*, ed. Giuseppe Di Stefano
- 75 Federico Garcia Lorca, *Impresiones y paisajes*, ed. Ramón Asquerino

- 76 Martín de Córdoba, *Tratado de la predestinación*, ed. Sandra Álvarez Ledo
- 77 Miguel de Cervantes, *Poesías VI: poemas en El Quijote*, ed. José Luis Fernández de la Torre
- 78 Garcilaso de la Vega, *Poesías II*, ed. Maria Rosso.
- 80 Eugenio Gerardo Lobo, *Antología poética*, ed. Javier Álvarez
- 81 Miguel de Cervantes, *Poesía en obras dramáticas* ed. José Luis Fernández de la Torre
- 82 Gabriel Miró, *Dentro del cercado* ed. Concha D'Olhaberriague Ruiz
- 84 Miguel de Unamuno, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, ed. Concha D'Olhaberriague
- 85 Tirso de Molina, *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, ed. Alfonso D'Agostino
- 86 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*, ed. Jordi Bermejo
- 87 *La Celestina (Tragicomedia de Calisto y Melibea)*, ed. José Luis Canet.
- 89 Juan Ruiz de Alarcón, *La verdad sospechosa*, ed. Lola Josa
- 90 Bartolomé Cairasco de Figueroa, *Templo militante (antología)*, ed. José María García Linares
- 96 Bernardino de Ávila, *Relación del reino del Nipón a que llaman corruptamente Japón*, ed. Noemí Martín Santo
99. Juan de la Hoz, *El villano del Danubio*, ed. Guillermo Carrascón

#### PRÓXIMAS EDICIONES

- 70 Miguel de Cervantes, *Viage del Parnaso*, ed. José Luis Fernández de la Torre
- 79 Miguel de Cervantes, *Poesías de circunstancias*, ed. José Luis Fernández de la Torre

- 83 Miguel de Cervantes, *Poesías, supercherías y atribuciones*, ed. José Luis Fernández de la Torre
- 88 *Antología de la poesía española. Siglos XVI y XVII*, ed. Pablo Jauralde Pou, Segunda edición revisada y corregida.
- 91 San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, ed. Lola Josa
- 93 ¿Lope de Vega?, *El honor en la sangría y médico de su honra*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez
- 94 ¿Mateo Alemán?, *Vida de los pícaros*, ed. Alfredo Rodríguez López-Vázquez
- 97 Carlos Piera, *Antología*, ed. ed. Javier Gil y Ana Gorría
100. Antonio Machado, *Campos de Castilla*, ed. Pablo Jauralde

## CLÁSICOS HISPÁNICOS

Carlos Fernández González (*director*)  
Helena Bermúdez Sabel (*editora electrónica*)  
Gema Gómez Salas (*diseño de cubiertas*)  
Laura Hatry (*web*)  
Shihua He (*archivo y gestión*)

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Pablo Jauralde Pou — José Calvo Tello — Tibusay López — Laura Rodríguez — Gaston Gilabert — Ana Garriga Espino — Pedro C. Rojo — Enrique Ortiz Aguirre

## CONSEJO EDITORIAL

Juan Escourido — Pilar Egoscozábal — Diana Eguía — Delia Gavela — Dolores Noguera — Mercedes Sánchez Sánchez — Víctor Sierra Matute — Sofía Simões — Javier Yagüe Bosch